

CAPITULO VI.

La señora Harding habla a Means
sobre Nan Britton.

Entré a la Casa Blanca, como de costumbre, por la que ahora llamaré "la entrada especial". Ya me conocían los guardias y silenciosamente me llevaron arriba, al departamento de la señora Harding.

Encontré su puerta ligeramente entornada cuando toqué; a través del intersticio pude verla al otro lado de la pieza mirando por la ventana. Me fijé en que su mano derecha tenía cogidos algunos dobleces de las cortinas de la ventana y que las estaba estrujando nerviosamente.

Se volvió de repente al primer toque y cruzó la pieza casi corriendo.

Su fisonomía estaba quieta como de costumbre, sólo que sus ojos brillaban con una excitación reprimida.

-- Pase, señor Means.

Me siguió muy de cerca y cerró personalmente la puerta. Luego se sentó, como siempre, al extremo de un diván y colocó una almohada tras ella. Hizo un esfuerzo real por aparecer calmada.

-- Me siento muy bien esta mañana, inició. Mi masajista acaba de terminar su tratamiento y me dice que tengo la carne firme de una joven. ¿Lo vé usted?

Levantó su brazo, del que caían los pliegues violáceos de las mangas chifón.

-- Mis brazos son tersos, duros y blancos... ¿o no? Estoy muy orgullosa de ellos; y... con seguridad ha notado usted que mi andar tiene la misma elasticidad que cuando era muchacha. Estoy realmente encantada de mi paso; ¡me he conservado joven y tengo la intención de seguirlo siendo siempre!

-- Nadie es menos joven de lo que se siente, fué mi comentario, no muy original por cierto.

-- Exactamente. Ahora, señor Means, tengo mucho qué contarle hoy en la mañana. He decidido... hacerlo de mis confianzas; pero dígame primero: ¿tiene qué dar algunas explicaciones o rendir algún informe al señor Burns sobre las comisiones que le confío?

Sin faltar una sola vez, me hacía esta misma pregunta siempre que me consultaba algún asunto.

-- De ninguna manera, le aseguré nuevamente, como lo

había hecho antes. Entrego mis informes solamente a usted... y a nadie más. Nadie más los ve ni sabe nada de ellos. El señor Burns no quiere saberlo. Para él es un verdadero descanso no tener que enterarse de ello. Estoy llevando a la práctica las ideas de usted sobre este asunto hasta sus más nimios detalles.

-- ¿Y usted me ha sido asignado oficialmente para mis trabajos personales privados?

-- Exactamente. Rindo informes solamente a usted, le repetí.

Pareció satisfecha y más en libertad. Comenzó a hablar con vivacidad, como si estuviera excitada.

-- Bien... hay un secreto enterrado en el fondo de mi corazón, del que a nadie he hablado excepto a la señora X; y a propósito, usted debería ir a verla. Puede ayudarle en el trabajo que me está haciendo; es una maravilla. Puede darle informes que en ninguna otra parte obtendría usted. Ella conoce el secreto que estoy a punto de confírmale; es un asunto sagrado (nada tiene que ver con los negocios), sino enteramente íntimo y confidencial. Hasta cierto punto he hecho también de mi confianza a la señora Boyd... pues el asunto es también un problema social.

Naturalmente me mantenía en la incertidumbre, y sin embargo de ello, presentí que ya sabía a dónde se dirigía. Me asombré, sin embargo, de oírla clasificar este secreto tan íntimo como un "problema social". La señora Harding era siempre una raciocinadora fría y lógica.

En sus manos oprimía un pañuelo con fina orilla de encaje; cruzó nuevamente los dedos.

-- Señor Means, conozco a los hombres y sé sus debilidades; y todo lo que una mujer honrada puede hacer es... perdonar y esperar, y esperar y perdonar... esperando siempre mejor suerte para el futuro.

Indudablemente que no encontré nada qué decir a esto.

-- Muchos hombres públicos, muchos grandes hombres han arruinado totalmente su carrera... destrozando completamente el corazón de sus seres queridos, por... indiscreciones. Por un acto de debilidad han tenido qué sacrificar todo lo que más amaban...

Se detuvo, cruzando y separando las manos, sin que cambiara la expresión de su cara; luego prosiguió:

"Ahora debo confiarle un caso similar; no le hablaría de él si no fuera porque... porque... sus consecuencias se están convirtiendo en una pesadilla eterna... día y noche,

a toda hora, penden sobre mí como la espada de Damocles; y están también sobre la cabeza del Presidente Harding. Pienso en él más que en mi persona; quiero salvarlo de esta locura; ¡DEBO salvarlo! Y lo que ahora hago, es más bien para salvarlo a él que para protegerme.

Después de este largo preámbulo moral, habló rápidamente y sin ambages, como si estuviera impelida por una fuerza superior a su voluntad, y dijo:

-- Warren Harding ha tenido un incidente muy desagradable con una muchacha llamada Nan Britton, de Marion. Se remonta hasta el origen de ella.

¡Ah! al fin iba a saber la historia de Nan Britton, y de boca de la señora Harding en persona...

-- Desde que estábamos en Marion desconfiaba de esta muchacha Nan Britton, cuando ella era todavía casi una niña. Era sumamente desarrollada y usaba trajes extremadamente cortos, más arriba de las rodillas. No se le consideraba muy decente; y se esforzaba por todos los medios que estaban a su alcance, porque Warren se fijara en ella. Su robusto físico le ayudaba a atraer a los hombres en la calle, con ayuda de sus trajes tan cortos... naturalmente que las miradas que atraía no eran en forma muy decente.

"Yo los vigilé, tanto a él como a ella, aún antes de que ella tuviera diez años, y pude darme cuenta, por las miradas y modales de Warren, que esta muchacha lo impresionaba... con sólo su presencia.

(De la veracidad de este hecho yo mismo estaba seguro y muchas otras personas podrían atestiguarlo. Ella continuó):

"Me dí cuenta de que Warren la alentaba demasiado, para la calidad del pobre material que ella publicaba en nuestro periódico (el Marion Daily Star). Ella traía su trabajo, que yo sabía era nada más el pretexto, pero nunca lo dejaba si no podía entregárselo personalmente. Y ahí ahí en la oficina, ella daba vuelta al escritorio y se acercaba y hasta trataba de sentarse en sus piernas; y pude apreciar que a Warren le gustaba acariciarla. Cuando salíamos en el carro, a él le gustaba siempre pasar por la casa Britton. Varias veces, cuando ella fué a la casa o a la oficina, tuve que decirle que ya era tiempo de que se despidiera. Verdaderamente me obligaba a hacerlo. ¡Y eso era... aún antes de que Warren estuviera en el Senado, hace años! Una vez hasta traté el asunto con la mamá de ella, en forma diplomática naturalmente.

(Bien sabía yo que la señora Harding era práctica en asuntos diplomáticos, y en ese momento me llegó un vago sentimiento de piedad por la mamá de esta muchacha a quien la señora Harding tuvo que hablar diplomáticamente sobre su tierna hija. Pero no dije nada).

"Dije a su mamá (continuó ella), que la locura de Nan por el señor Harding era naturalmente una broma que hacía reír a la gente de ahí... pero que algunas veces esas bromas tontas traen consigo serias consecuencias. La ferviente adoración de una adolescente por un hombre de tal edad que podría ser su abuelo no era, ni con mucho, una broma atractiva; y que en mi concepto debería ella hablar a Nan recomendándole que tuviera más criterio y no alentara tales bromas, tontas como eran... y que debería dejar de andar yendo y viniendo a la oficina a... ver a Warren. Sin embargo, varias personas me dijeron que la mamá no podía hacer nada."

(¡Qué vida tan raquítica y tan intranquila debe haber llevado la señora Harding!... pensé. Y luego, en el mismo instante, pasó por mi imaginación, como un espectro, la vida que todos estos años debe haber arrastrado! Ella había dicho que su vida de hogar era ideal... evidentemente, las gentes tienen "distintos" ideales...

Cuando dejó de hablar ví que su fisonomía estaba blanca como la cera, bajo la capa cuidadosa y artísticamente coloreada, y que estaba bajo la influencia de una tremenda excitación. Sus ojos se entrecerraron y brillaron a través de sus párpados, contraídos como para ocultar una rugiente llamarada.

Comencé a alarmarme e iba a iniciar un cambio de asunto, cuando otra vez comenzó a hablar velozmente como en algunas ocasiones:

-- ¡Nan Britton tiene una niña y asegura que Warren Harding es su padre!

¡Ah! ¡Oh! ¡Entonces eso era! Tenía razón Jess Smith al decir que yo estaba sordo. Pero ya comenzaba a ver... muchas cosas; en aquel momento yo también estaba tan sorprendido y atontado para poder hablar.

-- ¡Yo no lo creo! añadió ella; ¡no creo una palabra de todo ello!

No había lugar a duda sobre sus palabras o su entonación; ella no lo creía.

Y ahora que ya se había desahogado pareció recuperar una vez más su dominio sobre sí misma.

-- No es necesario decirle cómo he sabido todo esto, me dijo. Cien pequeñeces relacionadas entre sí... día tras día. Alguna vez se lo contaré, no ahora; y además, no es importante.

¿Qué era lo que Jess Smith me había dicho que andaba "rodeando" ella? ¿Lo habría ella husmeado día por día, hora por hora o de año en año? Pero ahora ya sabía qué medidas adoptar.

-- Señor Means: usted podrá ver que ya le tengo algo que hacer, y es de suprema importancia. Pero lo primero, antes que todo... quiero que usted investigue cuándo, exactamente, comenzaron sus relaciones ilícitas. ¿Puede usted hacerlo?

Esto me sorprendió un poquito; ¡Ella no creía una palabra de todo aquello! y le dije:

-- Generalmente hay manera de saber... casi todo lo que se desea. ¿Han mantenido ellos alguna correspondencia, o se han visto?

-- ¿Cómo habría de saberlo yo? dijo ásperamente.

Cierto ¿cómo? pensé. Evidentemente este era un punto sencillo que ella no había aclarado aún.

-- ¿Cuántos años tiene la niña?

-- Como dos años.

-- ¿Y dónde está?

-- En Chicago; su hermana, una señora Scott Willets, parece haberla adoptado.

-- ¿Dónde está Nan Britton?

Encogió los hombros y sus labios se contrajeron.

-- ¡La muchacha! ¡En todas partes! Vive a veces con su hermana en Chicago... sólo Dios sabe dónde cree ella que es su casa. Pero escuche; usted puede investigarlo. Quiero que usted lo averigüe y haga que sea vigilada de día y de noche. ¿Lo hará?

Hice unos cálculos.

-- Costaría mucho dinero, insinué.

Con un movimiento de la mano desechó este aspecto del asunto.

-- No me importa lo que cueste. Yo respondo y pagaré a usted lo que sea. Investigue inmediatamente dónde se encuentra ella. Use sus mejores "hombres sombras"; comience luego e infórmeme diariamente. ¿Quiere usted hacerlo?

-- Si usted me lo ordena.

-- Y... deberá definir cuándo comenzaron las relaciones indecorosas. Si hay cartas... las necesito. Usted logró obtener los papeles Whiteley y las cartas del General Sawyer, de manera que ya sé que puede hacerlo. He probado a usted y sé que puedo confiar. Creo que podría encontrar otros investigadores de una capacidad similar, pero estoy segura

de que no podría encontrar uno en quien depositar tanta confianza y a quien participar mis intenciones y proyectos más secretos. Usted me ha demostrado que nada es capaz de hacerlo faltar a esa confianza. Usted debe aceptar esta comisión y llevarla a cabo con éxito. Cuento con usted. ¿Quiere?

Aclaré: "¿He entendido bien? Deberé averiguar por cuantos medios pueda, cuándo principiaron las relaciones criminales entre su esposo y Nan Britton".

Rápida y enfáticamente rectificó: "O... si EN REALIDAD ha habido relaciones ilícitas. Todavía no estoy convencida de ello".

-- Ahora comprendo; creí que eso estaba demostrado.

-- ¡No!

En ese momento se oyó un toque a la puerta; la señora Harding se puso de pie violentamente y dijo: ¡Adelante!

Entró el Presidente Harding. Me levanté también, naturalmente. Portaba un delgado sobretodo y tenía en la mano su sombrero y guantes. Siempre que veía al señor Harding me daba cuenta de nuevo de la hermosa presencia del personaje y del atractivo de sus maneras. He empleado el término "hermosa" deliberadamente; era tan hermoso como un Apolo, y su cabeza y hombros tenían tan clásica majestad, que la palabra "simpático" era incapaz de describirla.

Hizo una inclinación a la señora Harding, pero antes de hablar con ella me dijo:

-- El señor Means? Creo que he conocido a usted antes.

Se adelantó y estrechó mi mano. Ciertamente me había visto muchas veces... en muy distintos lugares, por cierto. Luego se sonrió; en sus ojos se vió un guiño excepcionalmente amable; comprendí que él también se acordaba de aquellos sitios.

-- La señora Harding me ha dicho que usted es un investigador admirable, comentó.

Aquí ella explicó rápidamente:

-- El Presidente tiene conocimiento de las investigaciones que usted está haciendo por encargo mío.

Descansé con que me hubiera tomado la delantera para hablar.

-- Siempre tengo gusto en ser lo útil posible a la señora Harding, contesté insípidamente.

El se rió. -- Téngala al corriente; a ella le gusta

saber todo de todo lo que sucede.

-- Ya he tenido oportunidad de observarlo, repliqué.

Luego se volvió hacia ella y le dijo:

-- Estaré fuera todo el día y no regresaré a casa^a la hora del lunch; pero, naturalmente, cenaré como de costumbre.

Se adelantó ella varios pasos hacia él; y su voz era ansiosa, casi colérica, al decirle:

-- ¿Vas a jugar golf... con Jess Smith?

El sonrió nuevamente, con aquella sonrisa rara, cautivante; quietamente replicó:

-- Creo que ese es el proyecto.

Ella movió la cabeza con impaciencia.

-- ¡Warren! Jess Smith está resultando tan entusiasta para el golf contigo, con algún fin...

El Presidente movió las cejas inquisitivamente; luego comentó:

-- El juega limpio.

-- Bien sabes lo que quiero decir. Es una avanzada... de la compañía. ¡Warren! ten cuidado de lo que hables y de lo que prometas!

En aquel momento descubrí que por esa vez sus sospechas y temores eran enteramente fundados. Jess Smith era la avanzada del señor Daugherty, para semblantear al Presidente... y el golf era su mejor punto de contacto, pues la señora Harding no lo jugaba.

Ella insistió aún:

-- ¡No prometas nada!

Sonrió nuevamente el Presidente, al tiempo que daba varios pasos hacia atrás en dirección de la puerta; su sonrisa nos abarcó a ambos.

-- Hoy no, querida.

Abrió la puerta, hizo una nueva inclinación al decir "Hasta luego" y salió.

Durante un largo minuto después de que la puerta se había cerrado, continuó la señora Harding con la vista fija en ella, juntando y separando los dedos de las manos.

-- Siéntese usted, ordenó, acomodándose nuevamente en el diván y señalándome la silla. Obedecí.

-- No he terminado aún. Hay otro asunto que me ha venido torturando la mente. Ellos... andan ahora tras el Presidente para que firme ciertos documentos. Yo hice fracasar completamente su plan sobre las investigaciones de violaciones a la Ley Sherman contra los Monopolios, pues me puse firme y sencillamente les dije que Warren Harding no firmaría las órdenes para dichas investigaciones... para agitar y dominar el mercado. Ellos esperaban levantar millones... con eso sólo; ¡pero lo frustré! Imagínese los enemigos que tal disposición hubiera acarreado al Presidente. Solamente ese hecho habría puesto en peligro su segundo período. ¿No ve que ese sería el resultado?

Ciertamente lo veía.

-- Sí, creo que sí, concedí.

-- Ahora dicen que esos papeles que insisten en que firme y que él rehusa decirme lo que significan, no harán enemigos sino poderosos amigos. Señor Means, no confío en esos hombres; me odian, y lo sé. Warren me ha prometido que no firmará documento alguno antes de que yo lo conozca y hasta que yo haya tenido tiempo de estudiar el asunto a fondo. Siempre procuro estar presente cuando alguno de ellos viene a la Casa Blanca. Warren tiene tantos deseos como yo misma, de un segundo período. Mi creencia firme es que él nunca consentiría en... ¡oh, en muchas otras cosas!... a menos que una terrible presión se hiciera sobre él; y... esa presión llegará...

Pensé si la señora Harding sabría del Decreto Presidencial del 31 de mayo de 1921, traspasando los terrenos aceítíferos de la Marina al Departamento del Interior... Y cavilé, si ella comprendería la trascendencia y el alcance de aquella disposición. ¿Habrían ellos logrado evitar que ella conociera el caso del petróleo? Para mis adentros calculé que la idea de ella era exacta... pues aquella presión llegaría.

Prosiguió ella:

-- Señor Means, creo que Harry Daugherty es el que hace esta presión, y también creo que tiene algo que ver con Nan Britton. Usted lo sabe: Harry Daugherty estuvo proyectando durante muchos, muchos años, que Warren Harding fuera Presidente. Indudablemente que al mismo tiempo estuvo planeando y calculando cómo podría tener al Presidente completamente a su merced. Creo que él entusiasmaba a Harding con Nan Britton... posiblemente desde el principio. Puede hasta haber sido parte de sus planes.

Calló un momento sin que yo hiciera comentario alguno.

-- Podrá haber pretexto, si humanamente fuera posible que hubiera disculpa alguna, para que otros hombres sean infieles a su esposa; pero... ¿para Warren Harding no lo hay! ¿O lo hay, señor Means?

Por mi alma que no podría haber dicho palabra si ella hubiera esperado mi respuesta; pero no la esperó, sino que siguió diciéndolo:

-- ¡Nunca estoy enferma! Nunca lo he estado en toda mi vida, exceptuando la vez que sufrí de postración nerviosa. ¡La verdad de Dios! Y me he conservado joven y atractiva. Estamos en el mismo plano intelectual el Presidente y yo. Nuestro matrimonio ha sido ideal por años y años. No ha habido nunca el menor motivo para que Warren Harding llegara siquiera a fijarse en otra mujer! ¡Nunca, nunca!

Nada dije; ¿qué podría decir un hombre?

De nuevo se enderezó, rígidamente sentada.

-- Ahora, señor Means, escuche atentamente. Tengo otra comisión importante para usted, en la que podría comenzar a trabajar desde luego. Quiero que investigue usted la vida de los señores Daugherty, Fall y Weeks.

-- ¡Fuiú! ¡Esa sí que es una orden estupenda! ¿Se imagina usted lo que cuesta investigar la vida de una persona?

-- ¡No me fijo en lo que cueste! Quiero saber todo lo que se relaciona con estos hombres; todo lo que es posible saber. Y bien sé que usted es la única persona en el mundo que logrará obtener los informes que deseo. Yo los pagaré. Pudiera llegarse el caso de que únicamente por medio de contra-golpes pudiera yo detener toda esta... esta... ¿es algo así como conspiración, verdad? Pero quiero estar preparada. Tengo que ser, como Josefina de Napoleón, siempre vigilante y estar alerta... descubrir todos los peligros y quitarlos de su camino. Yo seré su muralla defensiva y la barrera donde se estrellen todas las perfidias. Investigue estas personas inmediatamente.

-- Costará miles de dólares, le recordé.

-- Ya he dicho que no me fijo en lo que cueste. Quiero que se haga. Ponga a sus hombres a trabajar y pásame sus informes tan rápidamente como le vayan llegando. Sea acucioso y rápido. Podría necesitar de estos datos en cualquier momento. ¿Me comprende?

Bien que lo comprendí...

CAPITULO VII.

Means encuentra los diarios y cartas de Nan.

Mis nuevos encargos eran muy precisos; también eran casi sobrehumanos. Debía investigar exactamente cuándo y dónde habían comenzado las relaciones indecorosas entre el Presidente Harding y Nan Britton, tomando como un hecho que éstas habían existido, como creía yo que lo hacía la señora Harding. También debería vigilar a Nan Britton; haría una investigación, asimismo, de toda la vida de los señores Dougherty, Fall y Weeks. (12).

Contraté los elementos necesarios y los puse a trabajar. La comisión de descubrir cuándo y dónde habían principiado las relaciones indebidas entre el Presidente y Nan Britton, naturalmente, la reservé para manejarla personalmente.

La práctica me había dado algunos conocimientos en mi profesión. Si una mujer ama a un hombre y tienen entrevistas secretas, o si una mujer mantiene relaciones indebidas con él, siempre tiene en su poder alguna clase de prueba tangible o documentaria. Nunca he sabido que falle esta regla. Ella conserva alguna clase de "recuerdos" o "regalos"... o guarda las cartas, aun cuando haya prometido destruirlas muchas veces. Yo tenía casi la certeza de que en algún lugar, Nan Britton tenía cartas del Presidente Harding.

Partiendo de esta creencia fundamental, me dediqué a buscar cualquiera prueba que pudiera existir.

Había prometido a la señora Harding que iría a ver a la señora X. Esto se me figuraba una gran tontería, y me sentí tentado a ni siquiera ir; pero recordé cuán implícita confianza tenía en ella la señora Harding y cuánto parecía descansar en sus artes. Sobre todo, le había ofrecido ir, de manera que para allá partí. Esta visita formaba parte de las órdenes que se me dieron.

No habiendo recibido ninguna ayuda de la señora X, lo cual informé a su tiempo, seguí adelante con mi propio programa.

Primero hice un viaje a Chicago, para hacer la composición de lugar tal cual fuera; llegué al Hotel LaSalle.

Con facilidad encontré la casa de departamentos en la sección Sur de Chicago, donde vivían la familia Willets, la hermana de la señorita Britton y su esposo. Ya mis agentes que estaban vigilando a Nan Britton me habían suministrado los informes necesarios. Encontré que el señor Scott Willets era músico y tocaba en una orquesta en la parte baja de la ciudad. La señora Willets tenía otro empleo, allá mismo, pa-

recido. Supe que la niña no estaba con ellos entonces. Ellos la habían adoptado, pero en aquel momento estaba con Nan Britton en un rancho.

Preparé cuidadosamente el terreno. Averigué los nombres y direcciones de los propietarios del edificio de apartamentos, para el caso de que hubiera alguna complicación futura y ordené la vigilancia de los esposos Willets. Ocupé solamente dos hombres regulares y uno extra en esta tarea. No era una vigilancia esmerada, pues mi objeto era únicamente conocer las costumbres diarias de la familia, a dónde escribían, si tenían criado, quiénes eran sus amigos, etc. Solamente deseaba conocer su rutina y hábitos diarios.

No me detuve mucho en Chicago. Tan pronto como regresé a Washington mandé a Chicago lo que llamamos "anzuelo", junto con su esposa. Les dí orden de que rentaran un departamento en el mismo edificio donde vivían los esposos Willets. Escogí un "anzuelo" que también fuera músico, para que pudiera simpatizar y trabar amistad con más facilidad. No había entonces un apartamento vacío, pero afortunadamente lograron subarrendar uno ya amueblado.

Mi "anzuelo" me llamaba a veces por teléfono a Washington a las siete de la noche en punto para rendir su informe; pero por regla general me mandaba reportes diarios por escrito.

Una vez que estuvieron instalados en su apartamento, le recomendé que se esforzara por viajar todos los días en el mismo tranvía que tomara el señor Willets, naturalmente con precaución para no despertar sospechas. También le ordené que nunca se violentara y nunca llamara la atención.

Al mismo tiempo debería estar alerta para el momento propicio de entablar conversación. A los cuatro días me llamó por teléfono a las siete de la noche, y su primer comentario fué:

-- Lo conocí hoy.

-- ¡Bien!

-- Fué en el tranvía. Se levantó olvidando un bulto y se lo señalé. Nos bajamos juntos y descubrimos que casualmente vivíamos en el mismo edificio.

-- Cultive su amistad, le ordené; presente a su esposa con la señora Willets. No se violente, pero en la primera oportunidad consígame una llave del apartamento.

-- Comprendido.

Como ambos eran músicos, se hicieron amigos rápidamente y se visitaban con frecuencia. Todos los días tomaban juntos el mismo tranvía.

Apenas había transcurrido una semana cuando recibí por correo certificado la llave del departamento. Inmediatamente tomé el tren para Chicago; paré otra vez en el Hotel La-Salle e inscribí mi nombre.

Fuí al apartamento de mi "anzuelo"; estaba satisfechísimo de su rápido trabajo.

-- ¿Cómo consiguió la llave? le pregunté.

-- Pues... fué de esta manera: Somos ya muy amigos; su apartamento está dos pisos más abajo; una noche la hermana de la señorita Britton estaba cosiendo en máquina, cuando llamó el teléfono, y ella se levantó para ir a la habitación próxima, a contestar. Entonces vi una llave sobre la máquina. Estaba seguro que era la llave del departamento; el señor Willets no estaba en casa; yo traía mi parafina en el bolsillo, lista siempre; rápidamente tomé las dos impresiones y volví a dejar la llave sobre la máquina. Al siguiente día mandé hacer una para usted.

-- Bien. Magnífico trabajo.

Mi "anzuelo" no tenía idea de lo que yo necesitaba. Como de costumbre, a nadie lo confiaba. Le dije:

-- Quiero revisar cuidadosamente ese departamento. ¿Cómo podremos lograrlo? ¿Tienen criados?

-- No, no tienen criado; será fácil, porque nada cierran con llave.

-- ¿Dónde están durante el día?

-- Ambos trabajan en la parte baja de la ciudad; ella nunca viene en el día; él a veces viene, en la tarde, pero no seguido.

-- Comenzaremos mañana en la mañana, al poco rato de que salgan.

-- Oiga, señor Means... si usted encuentra algo criminal relacionado con esas gentes y puede probarlo... entonces no sirvo para policía ni conozco nada del corazón humano.

-- ¡Muy bien, lo veremos!

La siguiente mañana entramos al apartamento. Era un cómodo departamento de cinco habitaciones, amueblado y con muy buen gusto. Mi objeto era escudriñarlo, y cuando reviso algo... lo hago bien. No me importó que ahí estuviera mi "anzuelo" cuando hice esta revisión; es decir, bajo los tapetes, colchones, alfombras, cuadros, almohadas, cajones de los burós... una búsqueda cuidadosa, pulgada por pulgada.

Muy pronto, después de una inspección detallada de las habitaciones, encontré un gabinete cerrado con llave, en el cuarto que usaba Nan Britton. Este gabinete tenía dos chapas "Yale" adicionales, una arriba y la otra debajo de la ordinaria. La ordinaria no estaba en uso. Me convencí, naturalmente, de que si en aquel apartamento había algo de lo que yo necesitaba, tenía que estar en este gabinete.

Grabé las marcas de cada una de estas chapas en mi parafina y salimos.

Tuve que esperar dos días para que estuvieran listas las llaves. Para ahorrar tiempo y preveer cualquiera omisión visual posible, empleé aquellos dos días buscando en el resto del departamento, sin encontrar nada.

El día que iba a escudriñar el gabinete mandé a mi "anzuelo" a vigilar cuidadosamente al señor Willets, para estar seguros de que no vendría; y en el caso de que regresara a la casa, se me podría avisar por teléfono. Dije a mi "anzuelo" que esperaba algunas llamadas telefónicas que me llegarían a ese apartamento y las esperaba ahí.

Ya solo, por supuesto, abrí el gabinete y entré. Tenía como cuatro y medio pies de largo por dos y medio de ancho, y como diez de alto.

Estaban ahí los trajes y abrigos de rigor, colgados, pertenecientes a una mujer y a una niña, y otras prendas. Pero lo que más me interesó y descubrí inmediatamente.... fueron cuatro libretas de apuntes con piel negra, que estaban en un casillero al alcance de mi mano derecha.

Los bajé y me acerqué a donde había luz; abrí uno; como me lo suponía, eran diarios; cuatro diarios con compacta escritura. Ya me había imaginado lo que eran, por ser exactamente la misma clase de libretas que las que yo uso para mis apuntes; sólo que aquéllos eran mucho más grandes que los que yo utilizaba.

Leí frases aquí y allá... y me los apropié, pues pude ver que indudablemente me proporcionarían los informes que tenía orden de obtener. Guardé uno en cada uno de mis bolsillos, dos en los del saco y dos en los traseros del pantalón.

Regresé al gabinete. Había ahí muchas cajas en casilleros; cajas para sombreros, cajas grandes para dulces vacías y muchas cajas de empaque. Algunas de ellas estaban llenas de listones, encajes y avalorios; algunas contenían sombreros.

En una de las cajas más grandes de madera encontré cartas... muchas cartas, liadas en paquetes con cinta fuerte de seda para corset. Me acerqué nuevamente a la luz, llevando

la caja. Ví que las cartas estaban, aparentemente, arregladas en orden cronológico y bien distribuidas. También había muchísimas postales de recuerdo, liadas juntas. Desde luego imaginé que aquellas cartas me servirían para cumplir mi encargo.

Las volví a guardar en la caja de madera, tal como estaban antes, puse la caja en el casillero y cerré el gabinete.

Volví al departamento de mi "anzuelo", pasé a la cocina y tomé una cesta de compras de las de diez centavos, en la cual puse un periódico.

Regresé al apartamento de abajo, abrí el gabinete y bajé la caja que tenía las cartas, colocándolas en la cesta y cubriéndolas con el periódico. En siete minutos había terminado, estando de regreso en el departamento de mi ayudante.

Fuí a mi hotel llevando la bolsa, y ya en mi cuarto y a puerta cerrada deposité los paquetes de cartas y los diarios sobre la mesa.

Deshice el nudo del paquete que contenía las cartas más recientes, según el índice. La primera que abrí era la última del paquete y también la más reciente; estaba escrita en papel antiguo del Senado.

Leí varias cartas y di una ojeada a los diarios, comprendiendo que necesitaría varios días para enterarme bien de ellos; sin embargo, pude apreciar que había encontrado lo que buscaba.

Me comuniqué por teléfono con mi ayudante, a la hora en que sabía lo encontraría, ordenándole que viniera al Hotel LaSalle. Antes de su llegada puse cuatro botellas de whiskey en la bolsa que había traído yo.

-- ¿De manera que usted no cree que los señores Willets están burlando la ley en alguna forma? ¡Vea la bolsa! le dije.

-- ¡Cielos! exclamó, si eso era todo lo que usted quería saber, ¡podría habérselo dicho yo hace mucho!

No hice caso de su comentario y continué:

-- Como resultado de la visita al departamento y de las llamadas telefónicas que tomé, he logrado obtener los informes que necesitaba. He logrado relacionarme con alguien por medio de quien descubriré la madriguera de los violadores de la ley del estado seco...que se están valiendo de las boticas. No persigo a esta pareja, sino a los proveedores.

25

Mi ayudante debe haber creído en ese momento que yo soy un investigador pésimo, por haber trabajado y gastado tanto para....descubrir algunos infractores de la ley del estado seco de las boticas... Fué lo suficiente atento para no dar a conocer sus pensamientos. Luego le ordené;

-- Tengo los datos que buscaba. Ahora... silencio absoluto. Sálgase del apartamento tan pronto como pueda y no vuelva a encontrarse en ningún tiempo con los Willets.

Era un magnífico "anzuelo" y obedeció mis instrucciones.

Regresé inmediatamente a Washington; comencé a estudiar sistemáticamente las cartas y los diarios, buscando la manera de comprobar el dato que la señora Harding me había encomendado, o sea la fecha y lugar exactos en que se habían iniciado las relaciones indebidas. Ello requirió dos o tres días de intenso trabajo. Una cosa que me llamó mucho la atención fué el hecho de que el señor Harding había estado enviando durante muchos años a Nan Britton postales de saludo, desde que ella era niña en Marion. Evidentemente ella había conservado todo lo que él le había escrito.

Comparé los apuntes de sus diarios con las cartas y aunque me convencí de que sus relaciones habían comenzado en Marion, me fué imposible determinar cuándo y en qué lugar. Era materialmente imposible tratar de precisar hechos concretos, de acuerdo con las instrucciones de la señora Harding, y no lo logré.

---:---:---

CAPITULO VIII.

Una Tempestad en la Casa Blanca.

Con verdadera pena y tristeza tuve que entrevistar a la señora Harding, pues no había tenido éxito en mi comisión; no había podido descubrir cuándo y dónde se iniciaron los amoríos del Presidente Harding con Nan Britton. Siempre me contraría la falta de éxito en alguna misión, por pequeña o por importante que ella sea.

Encontré a la señora Harding esperando ansiosamente mi informe. Ella había sabido que estuve dos veces en Chicago. Realmente supuse que ella se asía desesperadamente a una remota esperanza de que llegaran las pruebas....de que todo aquello era falso.

Yo había confiado en que podría encontrar las cartas, sin olvidar los diarios, y en que traería los datos precisos que ella quería; pero había fracasado.

La señora Harding usaba ese día (era alrededor de medio día cuando llegué) un traje café adornado que no transpiraba elegancia. Al abrir la puerta de su apartamento para que yo pasara, me di cuenta de una inconsciente y leve contrariedad, al observar por qué no usaba ella nunca trajes lisos; ¿por qué parecerían siempre obras de tapicería? Cuando menos ofuscan la mente... Esa vez caía de sus hombros un chal español rojinegro, con franja ancha y casi tocaba el suelo por el frente. Su pelo, artísticamente arreglado como siempre: cada cabello ondulaba hacia su lugar preciso. Sus delgadas mejillas estaban encendidas; la cinta inevitable de terciopelo negro rodeaba su cuello.

-- Tengo gusto en verlo, fué su saludo. ¡He estado tan impaciente! ¿Por qué se ha dilatado tanto?

Me despojé de mi ligero sobretodo; era la entrada de la primavera y el más ligero abrigo molestaba ahí dentro; lo puse en el respaldo de una silla.

-- ¿Dilatado? ¡Pero si he estado trabajando con asombrosa actividad! Me dió usted una tarea difícil, fué mi respuesta.

No se sentó en el diván según su costumbre con la almohada al dorso; sin añadir palabra, tomó una rígida sillita Windsor. No me había quitado la vista desde que entré; parecía que sus ojos querían penetrar a mi interior; para estar mejor, me instalé en un extremo del diván.

-- ¿Y bien...!? dijo vivamente. No me diga que no ha encontrado nada... pues yo sé que sí. La señora X me aseguró que usted me traería noticias trascendentales... Habla-ba ella de prisa, interrumpiéndose nerviosamente.

Yo comencé deliberadamente:

-- Señora Harding: No he encontrado lo que usted me ordenó que buscara. Lo siento. Quizá... la señora X pueda servirla mejor; yo estaba tan seguro y convencido del éxito y sin embargo... tengo que confesar que he fracasado.

-- ¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir?

-- Usted me ordenó que le trajera las pruebas escritas de la fecha y del lugar en que comenzaron los amoríos entre el Presidente Harding y Nan Britton. Encontré pruebas de que esas relaciones han existido. De esto ya estaba usted convencida, de cualquiera manera; pero no pude saber... cuándo comenzaron tales relaciones.

Su voz se ahogó en la garganta al preguntar:

-- ¿Qué? ¿Tiene pruebas? ¿Tiene documentos probatorios?

-- Sí.

-- ¡Explíquese; dígallo pronto!

-- Tengo en mi poder, cuatro de los diarios de Nan Britton, y las cartas que a ella escribía al Presidente Harding.

Me miró aterrada. Sus ojos se vidriaron; su rígida apostura del momento perdió su máscara de inmovilidad, los músculos y nervios de su cara se alteraron; su garganta anudó una y otra vez; de hecho parecía incapaz de hablar.

-- ¡Cómo! balbutió finalmente; usted... usted... ¿tiene cartas que Warren Harding escribió a Nan Britton, y no me las trajo?

Me intranquilité, pues no me agradaba el sesgo que ella iba dando al asunto. Con estudiada calma repliqué:

-- No figuran en ellas los datos que usted deseaba...

Me interrumpió, rápida como el rayo.

-- ¡Cómo se atreve? ¡Vaya, tome esas cartas y tráigamelas!

De nuevo traté de aparecer calmado. No me gustaba la escena ni un ápice.

-- Señora Harding, por favor, seamos razonables. Usted no pidió las cartas...

-- ¿Que no pedí las cartas? Bien lo sabe que sí. ¡Pedí las pruebas! ¡No me atrevía a pensar que hubiera cartas! Quiero verlas con mis propios ojos; necesito verlas y... ¡las veré!

Yo continué:

-- Usted pidió una prueba decisiva; esa fué mi comisión. Yo conseguí los diarios y las cartas y traté de hallar en ellos los informes que usted necesitaba...

Saltó del asiento y me miró como una tigresa. Sus ojos eran fieros, venenosos, y exclamó:

-- ¿Es usted una máquina, o un ser humano? ¿No tiene usted corazón? ¿No sabe que tengo qué tener y ver esas cartas? ¿No sabe lo que significan para mí? ¡Cada letra que Warren Harding haya escrito a Nan Britton en su vida...!

Caminaba nerviosamente de un lado a otro del cuarto, arrastrando tras ella inconscientemente el chal español que colgaba de sus hombros. De cuando en cuando tiraba de él para acomodarlo en el hombro; y sus manos no dejaban de agitarse, cruzándose y separándose.

-- Pero, señora Harding... protesté.

No escuchaba nada de lo que yo le pudiera decir.

-- ¿Qué sabe usted de eso? rugió. ¡Usted es un hombre! Digo que me traiga esas cartas. ¿Por qué no lo hace luego? Hasta ahora sólo he tenido mis sospechas y conclusiones, pero ahora... con las pruebas, ¡las pruebas! ¡YO SERÉ la dueña de la situación! ¡Traígame esas cartas!

Hice un segundo intento de hablar:

-- Pero, señora Harding...

Agitó las manos fieramente.

-- ¡Silencio! ¡Vaya y tráigame esas cartas! ¡El dice que he exagerado! ¡Dios del cielo... exagerado! Necesito ver esas cartas con mis propios ojos y he de verlas. ¿Me oye? Usted no se imagina de lo que sería capaz. ¡Traiga esas cartas! ¡Atiéndame...!

Estaba fuera de sí. Yo me sentía ya bastante alarmado. Su voz había ido subiendo más y más hasta que casi era un vivo grito. ¡Podrían oírlo! Comencé a temer que me había metido en un lío tremendo.

Ella vociferaba:

-- ¿Qué no sabe usted cómo se sentiría cualquiera esposa? No creo que tenga usted ni átomo de sentimientos. Usted es de hierro! ¡Pero hará lo que le digo!

De repente se detuvo frente a mí; mirándome fijamente dijo:

-- ¿Me traerá usted esas cartas... ahorita mismo?

Me levanté y sostuve su mirada.

-- Después, señora Harding, le dije reposadamente.

Brillaron sus ojos; no podía comprender que yo estaba decidido; pero modificó su táctica.

-- ¿No comprende lo que todo esto significa para mí y para la nación? ¿Comprende usted que... Warren Harding es el Presidente de los Estados Unidos? ¿No cree que estamos obligados en algo a los americanos que confían en él? ¿No cree usted que... él me debe algo a mí, que lo he colocado en ese puesto? Yo lo elevé y él lo sabe; él mismo lo ha dicho... que yo lo hice. ¿No puede usted ver... la espantosa situación en que me ha colocado?

Lo que comencé a ver claramente... ¡era la terrible situación en que YO estaba colocado! Había escuchado en silencio sus reproches, pero ya había esperado demasiado.

-- Señora Harding ¿me permite decirle una palabra? Soy un investigador. Usted me mandó a obtener datos precisos. No pidió los diarios ni las cartas. Casualmente, al tratar de hacerme de los informes que usted pidió, entré en posesión de los diarios y de las cartas. Recuerde que soy un investigador, y que hay ocasiones en que debo cuidarme. Siempre procuro estar en condiciones de hacerlo.

Ella pegó en el suelo con el pie.

-- ¡Tonterías, tonterías!

-- Por lo tanto, continué con igual firmeza que la suya, renunció la comisión que se sirvió confiarme, y voy a renunciarla también al Departamento de Justicia.

Tomé mi sobretodo y me lo puse. Estaba atemorizado y quería salir de aquel lugar. Realmente no podía saber de lo que ella sería capaz; en eso tenía ella razón. Tomé mi sombrero y salí, dejándole.

Nada dijo; indudablemente que estaba tan asombrada y alarmada de mi conducta como yo lo había estado de la suya. Antes de que pudiera ella recuperarse y hablar, ya había salido yo.

Descansé al llegar a la quietud de mi hogar. Mi esposa y mi hijo eran siempre un alivio a las preocupaciones y penas de mi profesión; pero tendría a lo sumo una media hora ahí cuando llamó el teléfono.

Era la señora Boyd; su saludo fué brusco y al grano.

-- Señor Means, quiero verlo a usted inmediatamente.

¿Tomará usted un taxi y vendrá luego a mi casa? Lo más pronto posible.

-- Si usted insiste, señora.

-- Sí insisto. Lo espero.

La señora Boyd me recibió en su comedor, como de costumbre. Ella sabía que yo podría hablar mejor después de un sorbo de buen whiskey. Tenía uno magnífico y conocía que yo lo apreciaría bien; siempre estaba a la mano en su repisa; lo sirvió y después de tomarlo le dí las gracias.

-- Gaston Means... siéntese y cuéntemelo.

-- ¿Qué cosa?

-- La señora Harding me telefonó hace poco rato, toda excitada y muy rara. Estaba casi incoherente. Dijo... que aparentemente había ofendido a usted. Casi me reí. ¡Imagínarmelo... resentido!

-- Soy humano.

-- ¡Ah, no, no lo es! Quiero decir... usted nunca se ha resentido en su vida. Cualesquiera que sean sus sentimientos, nunca se lastiman.

-- ¿Lo cree usted? ¡Entonces no me conoce!

-- De cualquiera manera... la señora Harding me rogó que llamara a usted inmediatamente y le dijera que su intención no fué ofenderlo; y le advierta en su nombre y muy especialmente, que por ningún concepto deberá usted regresar las cartas y diarios a la fuente de donde los obtuvo. ¿Qué cartas? ¿Qué diarios? ¿A qué se refiere todo ello?

-- ¿No se lo dijo ella?

-- No quiso detenerse un momento más. Tenía gran urgencia de que usted viniera aquí.

-- Señora Boyd; usted es la amiga de la señora Harding; y yo la considero también como amiga mía, de manera que se lo diré.

Y le relaté todos los detalles relativos a los diarios y cartas que tenía en mi poder. Luego concluí:

-- Usted deberá comprender que, forzosamente, tengo que evitar toda clase de escenas... aun cuando sea en la Casa Blanca. Soy un investigador secreto. No puedo correr riesgos sólo por la histeria de una mujer.

-- Naturalmente que estoy de acuerdo, asintió ella.

-- No tengo confianza a mujeres u hombres histéricos, de ojos extraviados, de maneras extraviadas, de comportamiento extraviado.

Se rió.

-- ¿Estuvo la señora Harding con los ojos extraviados y fuera de dominio?

-- Sí que lo estuvo. ¡Y luego piense! Yo tenía derecho amplio, legalmente, para obtener esos diarios y cartas, para tomar los informes que mi encomienda requería; en ellos no se prueba a mi satisfacción el hecho que investigaba; y no puedo dar oportunidad de que se me acuse de haber robado deliberadamente las cartas y los diarios! ¡Y la señora Harding es capaz de cualquiera cosa!

-- ¿Dónde están esas cartas y diarios? preguntó.

-- Yo los tengo.

Guardó silencio un momento y luego dijo enfáticamente:

-- Debe usted entregarlos a ella.

Llegó mi turno de hablar categóricamente:

-- ¡No, no lo debo! ¡Le digo que esta mujer es capaz de cualquiera cosa! Y tan fácilmente podré llegar al borde de la tumba con la patada de una mula que me quería matar, que con la de una que no tenía la intención de hacerlo.

Entonces ella dijo:

-- Mire, Gastón. Usted me conoce muy bien. Usted me ha visto en momentos de gran aflicción, y no cree que yo pierda la cabeza y me vuelva histérica y de ojos extraviados; usted no cree que yo pudiera perder la cabeza bajo cualesquiera circunstancias como resultado de lo que un investigador secreto pudiera tener escrito en su poder relacionado conmigo.

-- ¿Usted cree formalmente que yo deberé entregar todas esas pruebas escritas a la señora Harding? ¿Realmente lo cree usted?

Vaciló un instante.

-- ¡Ciertamente que lo creo! ¡Tiene derecho a ellas! ¡Considero que le pertenecen!

-- Entonces, escúcheme. Le diré lo que voy a hacer. Voy a casa a traer esos diarios y cartas, y los entregaré a usted. Usted hará con ellos lo que crea justo. Pero sépalo: esos documentos prueban claramente lo que la señora

Harding tenía esperanza de que resultara falso!

-- Pero ella debe saberlo; tiene derecho. Estoy enteramente segura de ello; le pertenecen.

Creí de mi deber definir las cosas más aún.

-- Por el hecho mismo de lo que prueban... en su despecho y en su odio... francamente, temo que pueda volverse contra mí tanto como contra Nan Britton... o contra cualquiera otro inmiscuido en el asunto.

Sonrió curiosamente al preguntarme: ¿Por qué?

-- Para una mujer el pecado no está en el hecho, sino en el descubrimiento de él.

-- ¡Tontería! replicó riendo. Esa es psicología equívoca.

-- Yo sé...que es psicología sabia, corregí rápidamente. Lo he comprobado muchas veces. ¿Acepta usted la responsabilidad de entregarle a ella esas cartas?

-- La acepto. Usted comprende, Gastón, que la señora Harding está incapaz de raciocinar...en este momento. Esto envuelve todo lo que le es querido y hace que se desplome toda la estructura de su vida pasada y futura. Usted debe ser paciente y considerado.

Ya había llamado pidiendo el carro y éste estaba a la puerta. En él fui a mi casa, regresando con los diarios y cartas.

Cuando estuve de nuevo en el comedor, las señoras Harding y Boyd estaban frente a una mesa lateral. Era evidente que ésta había telefonado a aquélla en el momento en que yo había salido.

Coloqué los diarios y las cartas en la mesita lateral y dije:

-- Señora Harding... después que se haya enterado de estos documentos habrá encontrado en ellos la explicación.

La señora Harding portaba un sombrero café con orla media ancha y los velos de costumbre en su derredor. Ya se había quitado su abrigo. Luego se arrancó el sombrero y los velos y los arrojó sobre la mesa principal; arrojó también, abierta, una bolsa adornada con avalorio de acero; titubeó un instante, sacó sus anteojos y se los puso.

Tomó al acaso una de las cartas de un paquete.

Estas se hallaban liadas exactamente como yo las había encontrado; la misma cinta rosa de seda de corset, los mismos

nudos y todas arregladas por orden cronológico... tal como estaban antes.

Al sacar la carta del sobre me pidió:

-- Dígame hasta los menores detalles, ¿dónde encontró éstas y cuándo y cómo? ¿Y cuánto tiempo las ha tenido en su poder? ¿Y por qué no me las trajo inmediatamente?

Contesté tan calmosa y atentamente como sabía hacerlo a veces:

-- No las he traído a usted, señora Harding; las traje a la señora Boyd.

Poca atención daba ella a lo que pudiera decirle.

-- ¡Oh!... -¡Oh!... murmuraba.

Pero yo debía tratar de aclararle bien un punto y le dije:

-- Realmente no puedo comprender a personas que no sepan dominarse ni tener transacciones con ellas. De plamo temo a las personas excitables, nerviosas, irritables.

Ella leía la carta y creo que ni siquiera me oyó, pero continué:

-- Respecto de sus otras preguntas... mis informes oficiales las contestarán todas.

Estaba en lo justo al suponer que no me había oído, pues me dijo rápidamente:

-- ¡Oh, no! No dejaré a usted que abandone mi servicio. No lo hará. Lo necesito; debo contar con su ayuda.

Comenzó a deshacer los demás paquetes de cartas.

-- No puedo sacrificar mi persona para que usted logre su objetivo! le dije en mi defensa.

-- ¡Ah! Yo veré que no se sacrifique usted; nunca lo tema, me replicó.

Entonces sugerí un convenio:

-- Si usted insiste en que continúe trabajando con usted, entonces, con su permiso y aprobación, en lo sucesivo rendiré mis informes a la señora Boyd, si ella consiente en ser nuestra intermediaria. Es mejor que tengamos un intermediario.

-- Cierto, cierto, cierto... pero... yo deberé estar presente. Tengo que saberlo primero, o exactamente al mis-

mo tiempo, todo o cualquiera noticia que usted tenga que comunicar.

La señora Boyd me indicó que dejara de discutir y dijo:

-- Sí, ya arreglaremos eso bien.

Nuevamente insistió la señora Harding:

-- Dígame... tiene que decirme: ¿dónde encontró esto?

En este momento ya estaban deshechos todos los paquetes de cartas, y todas ellas se hallaban mezcladas. Arrancaba carta tras carta de su sobre y yo no pude menos que ver que a tal velocidad... no era posible que las estuviera leyendo. Difícilmente sabía lo que hacía:

-- ¡Dígame! ¿Quién las acomodó en esta forma?

-- Las traje exactamente como las encontré. Nan Britton no será ordenada y sistemática en otras cosas pero ciertamente que lo ha sido en la forma como ha conservado las cartas del señor Harding... y en su correspondencia con él.

Luego vino uno de sus rápidos cambios de asunto:

-- ¿Ha relatado esto a alguna otra persona... además de a mí?

-- Sí.

¡Ahora sí que atraje su atención por la primera vez! Me miró aterrada preguntando:

-- ¿Qué? ¿Qué significa eso?

-- Digo que nadie en el mundo hubiera sabido de esas cartas si usted no lo hubiera dicho a la señora Boyd. Usted fué quien lo dijo a la tercera persona.

La aclaración le fué satisfactoria. Su voz cambió al explicar:

-- Señor Means... No he tenido experiencia con los investigadores. He tenido demasiada experiencia con los investigadores. Pero la he tenido en exceso con los periodistas. Usted siempre me ha parecido un periodista de alto calibre; y bien sé que cuando un periodista sabe algo nuevo quiere publicarlo luego.

-- Mi profesión no se compadece con publicar las cosas, sino todo lo contrario, contesté secamente.

-- Lo comprendo. Pero eso explica mi rudeza con usted y la crítica que le hecho. Como investigador, comprendo

que ha obtenido usted resultados asombrosos. Quiero que sepa usted siempre que... lo agradezco. ¿Eh?

No se fijó si contesté o no; y siguió diciendo:

-- Siéntese y leamos todas estas cartas, y dígame todos los detalles de dónde las encontré. ¡Tengo tantas preguntas que hacerle! No puedo acordarme de todas ellas pero a medida que vayamos leyendo las cartas...

-- Señora Harding, yo necesité varios días para leer esos diarios y cartas, y usted necesitará más...

-- ¡Ah, no! Puedo hacerlo en media hora.

La señora Harding arrebatava carta tras carta, mirándolas, dejándolas, abriendo otras. Ví que su fisonomía estaba tan blanca como la cera y que sus manos se transparentaban.

De repente una de las cartas llamó su atención y sollozó:

-- ¡Oh, oh! ¡cómo pudo él...! ¡Cómo pudo él...! ¡Cómo se atrevió...!

Grito legendario aquel, el de la esposa ultrajada, que ha repercutido a través de los siglos desde que el hombre existe: ¡Cómo se atrevió él...!

Sentí un repentino calosfrío de profunda compasión; pero al próximo instante la oí rugir con los dientes apretados:

-- ¡La ladina! ¡La tonta y baja! ¡Salirse con la suya! ¿Quién pudiera haberlo creído, quién?

-- ¿Puedo tomar otra copita? pregunté a la señora Boyd.

Me sorprendí de ver que la señora Harding se interrumpió para decir:

-- Yo también quiero una; favor...

Y continuó su lectura.

La señora Boyd nos sirvió fuertes dosis; tomé la mía y observé si la señora Harding hacía lo propio con la suya, pero ni siquiera la vió, a pesar de que la señora Boyd la puso frente a ella en la mesa.

De repente le dije:

-- Señora Harding... si usted no se toma su copita, creo que yo lo haré.

Pero la señora Boyd se interpuso: -- No, ella la necesita y deberá tomarla; yo le daré a usted otra.

Me llamó a un lado y me apartó de ahí diciéndome:

-- Gaston, usted es un buen amigo; pero lidiando con una mujer histérica está usted tan fuera de lugar como un toro de lidia en una tienda china.

Me sirvió mi nueva bebida.

-- Tómelo, ordenó; y luego... escápese por la cocina. Tengo una situación peligrosa que atender aquí... Usted tiene los nervios de acero y cree que todos los tenemos... Pero la señora Harding no sabe lo que hace ni lo que dice... Usted es un buen amigo, repitió, golpeándome suavemente el hombro; pero usted no lo sabe todo... ¡váyase..!

Al pasar por la puerta trasera que ella abrió, oí que la señora Harding decía:

-- ¡Cómo podría creerlo! ¡Ah...ah! ¡Tontera, tontera! Debería matarlos a ambos... ¡Eso es lo que debería hacer...! Eso es lo que merecen... ¡No tienen derecho a la vida!..

---:---:---

CAPITULO IX.

Harding se ve obligado a firmar en la línea de puntos....

Al atardecer del mismo día, la señora Boyd me llamó por teléfono diciéndome:

-- La señora Harding y yo nos hemos pasado todas estas horas leyendo cuidadosa y sistemáticamente las cartas.

-- ¿No las terminaron, verdad?

-- No, naturalmente. Se necesitarían varios días. Acabando de salir usted en la mañana, la señora Harding estaba frenética; yo tenía miedo de una postración nerviosa total; era digna de compasión.

-- Lo siento realmente.

-- Este ha sido un golpe terrible y lo he llamado a usted para decirle que... por piedad, si tiene más pruebas de esta índole, espere un poco. No se las comunique. Sé que ella no podría resistir otro choque como éste. ¡La mataría!

-- ¿Se acuerda usted, señora Boyd, que yo no quería entregar esos diarios y cartas a la señora Harding? Dudaba de la conveniencia de hacerlo. Usted insistió... en que ella tenía el derecho.

Inmediatamente se puso a la defensiva.

-- Ya lo sé, pero no he cambiado mi modo de pensar.

-- Yo tuve suficiente presencia de ánimo para comprender que sería un golpe terrible... y dejé a usted la responsabilidad.

-- ¡Fué tan repentino! Yo debería haberla preparado... debí haber sido más cautelosa. De cualquiera manera, la próxima vez venga conmigo primero. Yo misma no me imaginaba lo terrible que este golpe sería para ella.

-- ¿Cómo está ella ahora?

-- Ya está nuevamente en la Casa Blanca. Tuvo qué hacer un gran esfuerzo para dominarse. Y necesitará muchos días... para leer todos los documentos.

-- Por supuesto, repliqué; ya lo sabía.

Transcurrieron cinco días antes de que tuviera algún otro recado de ellas. La señora Boyd me llamó temprano y me indicó que la señora Harding deseaba que fuera luego a la

Casa Blanca.

-- Pero si usted tiene más documentos probatorios, añadió, no los lleve.

-- ¿Estará usted allá? pregunté.

-- Hoy no.

-- Entonces, prefiero no ir.

-- ¡Oh, no sea tonto! Ella está bien ya, y tiene mucho interés en verlo.

Llegué a la Casa Blanca a las once en punto.

Me quedé asombrado, y esto es poco decir, al encontrar al Presidente cómodamente sentado en la sala privada de la señora Harding, donde siempre teníamos nuestras conferencias. Estaba en un sillón entre dos ventanas. Cuando entré, se levantó; me incliné y saludé, esperando que la señora Harding iniciara la conversación, lo cual pronto hizo. El Presidente parecía preocupado; la señora Harding se veía enteramente reposada.

-- Señor Means, estamos discutiendo estadísticas y concesiones petroleras y muchos otros asuntos que urge atender en el Departamento de Justicia.

El Presidente la miró sorprendido.

-- Estos asuntos ciertamente no interesan al señor Means. Traten todo lo que gusten sobre sus investigaciones... pero no te mezcles con el Departamento de Justicia, querida.

Ella no era de las que fácilmente callan.

-- Pero tú has firmado esos arrendamientos, y no querías hacerlo; te oí decir que nunca los firmarías... Hay algo detrás de todo esto. Esos hombres están amedrentándote... ¡vaya, esto está convirtiéndose en bandidaje! ¿Por qué no decirlo al señor Means y...

Su respuesta fué instantánea y decisiva:

-- ¡No!

En sus ojos descubrí un destello de un secreto terror, que quizá lo acompañaba día y noche.

-- ¿Tienes miedo a Harry Daugherty! dijo ella audazmente.

-- ¡Tontera! replicó él. Pero pude apreciar que estaba profundamente anonadado; ella afirmó:

-- No soy una tonta, Warren; no puedes hacerme tonta;

ellos te obligan a firmar lo que quieren. Les temes. Dime... ¿por qué? ¡Lo sabré! Yo siempre aclaro.....

¡Pam, pam, pam! ¡Cielos, qué vida llevaba el hombre!

Yo estaba apenado, pero el Presidente me tranquilizó con su actitud reposada. Se dirigió a la puerta y me dijo:

-- Todos tenemos nuestros malos ratos, ¿eh?

Se inclinó al salir por la puerta que conducía a su apartamento y la cerró.

La señora Harding me miró con verdadera pesadumbre.

-- Ya firmó esos arrendamientos, y hará todo lo que le digan; ¡todo lo que le exija el señor Daugherty! El señor Daugherty no pide... ¡ordena! Ahora comprendo muchas cosas que nunca pude entender. Harding no quería ser candidato a la Presidencia. ¡Tenía temores, y qué justos! Se necesitaban los duros nervios de acero de Daugherty para atraparlo y retenerlo! ¿Y se hacían necesarias la amistad, afabilidad y genialidad de Warren Harding... para que Harry Daugherty tuviera éxito? ¡Ya lo vé usted?

Bien que lo veía.

De nuevo nos sentamos en los lugares acostumbrados; ella, en el extremo del diván. Su fisonomía mostraba signos inequívocos de la lucha interior en que se había encontrado en días pasados. Traía el mismo vestido poco atractivo, café floreado, que usaba la última vez que la había visto, y el mismo chal español. Este atavío revivía la desagradable escena última.

Comenzó diciendo:

-- Yo le diré francamente, que nunca en mi vida había pasado por una crisis como ésta. Naturalmente que ningún hombre lo comprendería; no he podido dormir en absoluto.

-- Creo que lo comprendo.

-- No, usted no lo podría entender.

Siguió una larga disertación sobre el significado del amor y sobre lo que no significa. Tuve qué recordarle lo más finamente posible, que ella me había llamado y que realmente no sería necesario tratar sobre el contenido de las cartas, pues yo también las había leído y lo conocía bien. Terminé preguntándole:

-- ¿Con qué objeto me ha mandado usted llamar hoy?

Se levantó de un salto.

-- Perdóneme un momento.

Salió de la pieza dirigiéndose al vestíbulo exterior. En un instante regresó con varias de las cartas del señor Harding, para Nan Britton, en la mano. Inferí de ello, que los documentos los tenía escondidos en alguna parte, fuera de sus departamentos.

Se sentí rígida, dejó las cartas sobre su regazo mientras tomaba sus anteojos y al mismo tiempo me decía:

-- Tome papel y lápiz; deseo que haga un memorandum..

Así lo hice; y al leer ella las cartas, comenzó a dictar:

-- Un brazalete, un reloj de pulsera, una cinta para el cuello, un anillo. Warren Harding ha obsequiado esto a Nan Britton.

Nada dije pero hice el memorandum tal como se me había dictado. Continué:

-- Y a la niña le ha regalado; un corazón de oro macizo con cadena, alfileres de oro, alfileres de oro con cadencia y cuatro broches para babero. ¿Los anotó?

-- Sí, señora.

-- ¿Cree usted que podría traerme estas cosas, si fuera a Chicago? Como habrá visto por las cartas, estos son los regalos que Warren ha hecho a Nan Britton y a su niña. No tienen derecho a ellos. Además... tengo mi plan para que me interese recuperarlos; los necesito.

-- Realmente, señora Harding, no tengo ningún inconveniente de peso para traerle todos los regalos que su esposo haya hecho a Nan Britton... pero no podría quitar a la niña tan pequeños obsequios; eso es llevar las cosas muy lejos... que un hombre como yo ocasione a una tierna niña pesares y aflicciones innecesarios.

-- ¡Ay, qué simple y qué soso! criticó. Eso no tiene que ver nada. Estoy decidida a obtener esas cosas. Y... tal vez me decidiría a mandar sus cosas después a la niña, pero no las de Nan Britton. Tengo un motivo muy especial.

-- Pues... no lo haré; no quitaré sus cosas a ningún niño, le declararé firmemente.

-- ¿Sería entonces posible para usted, traérmelos, para mi objeto, y luego regresárselos?

-- Así sí estoy de acuerdo en ello.

Como ya tenía mi misión, partí.

Dos días después estaba ya en Chicago, y de prisa. Se me había confiado una misión que me chocaba; me parecía trivial, y además, estimulaba la furia, la malignidad y la histeria de una mujer.

En mi profesión, la prisa siempre significa el fracaso, y así me pasó en esta ocasión. Cometí una torpeza que me ocasionó la pérdida de muchos días.

Como mi "anzuelo" ya había desaparecido, no me era fácil entrar, pues no tenía ningún punto de contacto con la casa. Todo lo que tenía era la llave al departamento de los Willets y además las del gabinete.

Anduve por ahí, y una vez ví una mujer en las ventanas del apartamento, lo que me hizo preocuparme, pues si ahora tenían doncella, eso aumentaría mis dificultades; sin embargo, pronto descubrí que era una lavadora de vidrios y trabajaría solamente ese día.

Al andar rondando la casa atraje la atención del policía de guardia; la tarde del tercer día se me acercó y me dijo:

-- ¿Por qué anda usted por aquí, aparentemente sin saber lo que quiere?

Esto amenazaba complicarse; había qué pensar rápidamente.

-- Soy cobrador, repliqué.

-- ¿Dónde están sus cuentas?

-- No traigo notas; es un adeudo confidencial que tiene una persona conmigo.

-- ¿Quién es él?

-- ¡Oiga! Si usted quiere detenerme, si cree que estoy violando alguna ley... le contestaré ante el Juez. Usted no tiene autorización para preguntar; sólo para arrestar.

Me miró malignamente al decir:

-- Bueno... creo que usted es uno de esos... licoreros y, naturalmente, su cuenta es confidencial y no por escrito. Pero le diré: si el vino es como casi todo el que se vende por este barrio y usted ha dado crédito a alguien... le va a costar demasiado trabajo cobrar su dinero.

Sonreí sin contestarle; entonces vino el golpe final:

-- Quiero que se vaya de este barrio y no vuelva. Que no lo vea por aquí más; lo he estado vigilando dos días.

No tenía qué hacer sino obedecer esta orden. Necesité de varios días para saber el nombre del policía y su adscripción, para que quietamente fuera cambiado al lado Norte de Chicago.

Pero todavía no cumplía mi misión. Se me ocurrió algo con lo cual podría haber comenzado. Me acordé que mi "anzuelo" me había platicado que los Willets habían comprado algunas veces whiskey y aguardiente para sus fiestas.

Fuí con un agente del estado seco a quien conocía bien y le dije que en aquel apartamento estaban comprando whiskey, lo cual podría confirmarse abriendo una investigación; y si se aclaraba y estaba seguro de que ahí se les entregaban whiskey y aguardiente, no llevara adelante el asunto sino que me avisara; esto era entre amigos.

Para esto se necesitaron otros tres o cuatro días; luego recibí aviso suyo de que se había confirmado que en aquel apartamento se estaba entregando aguardiente y whiskey. Le pedí que consiguiera los nombres de todos los que habitaban el edificio, hiciera órdenes de cateo y me las pasara.

Ahora sí que estaba bien fortificado. Me valí de la orden de cateo solamente para visitar aquel apartamento del cual tenía las llaves. No buscaba whiskey y si hubiera habido algo, no lo habría encontrado. Revisé minuciosamente el apartamento y el gabinete, sin encontrar una sola de las joyas.

Luego me comuniqué con mis hombres "sombras" que estaban vigilando a Nan Britton y les describí todas las piezas, con órdenes de obtenerlas si era posible.

En menos de una semana recibí sus informes y todas las joyas excepto el anillo, que dijeron traía ella puesto.

Regresé a Washington llevando conmigo las joyas. Había triunfado en mi misión.

Acordándome de la recomendación de la señora Boyd, de no mostrar más pruebas a la señora Harding, llamé a aquélla por teléfono y la informé de mi comisión ya cumplida.

-- ¿Qué hago con ellas, ahora que las tengo? le pregunté; a lo cual me replicó riendo:

-- Lléveselas a ella, por supuesto. No creo que usted sepa distinguir qué es lo que podrá ocasionarle trastorno y qué nó, pero la señora Harding se las pidió y conoce su existencia, de manera que no le producirán crisis alguna; al contrario, le va a dar mucho gusto.

Siempre he encontrado cosas nuevas que aprender en mi trato con las damas...

Fuí derecho a ver a la señora Harding sin que ella me llamara. Estaba seguro de que la señora Boyd le avisaría por teléfono que me esperara. Ella me había recomendado que procurara abstenerme de usar el teléfono; y en casos de emergencia, debería comunicarme con sus doncellas particulares. Así lo hice y pronto fuí conducido a su apartamento.

La ví contenta de verme y de saber el éxito de mi comisión; como no tenía intención de detenerme, esperé de pie, saqué las joyas del bolsillo y las entregué preguntándole:

-- ¿Cuánto tiempo cree que necesitará las cosas de la niña?

-- Muy poco tiempo. No se preocupe de una pequeñez como esa. Están ya en mi poder, que es lo importante.

Las joyas estaban envueltas en papel de china y dentro de una cajita de pasta de papel. Abrió la tapa y regó el papel de china sobre la mesa. Todas las cosas estaban ya a su vista; se inclinó a verlas, levantando una por una y regresándolas a su lugar. ¡Malditas cosas! Enterrados en aquellas relucientes burbujas yacían sus sueños de antaño, su felicidad presente y sus futuras esperanzas...

-- Ningún esposo tiene derecho de regalar nada sin el conocimiento de su esposa... dijo con una siniestra suavidad.

¡Qué cuadro de ira y de odio se pintaba en la cara de la señora Harding al inclinarse sobre la mesa y mirar aquellas joyas!

-- ¿Se imagina usted que era dinero mío al igual que de él? ¡Mi dinero ayudando a pagar estas cosas...! Yo, que economizaba y me privé y sacrifiqué por años y años y años para economizar algo de dinero y... ¡vea lo que él hacía con él!

No pude comprender en aquel momento por qué no mencionaba ella el dinero que los diarios y cartas revelaban que el señor Harding había mandado a Nan Britton. Había sido muy espléndido en ese sentido; le había enviado gruesas sumas y con frecuencia.

Me formé la impresión, no sé cómo, de que ella no tenía la intención de regresar nunca las joyas de la niña; pero antes de que pudiera hablar, tuvo ella uno de sus rápidos cambios de conversación:

-- He esperado ansiosamente su regreso. Siento no haberle mencionado algunas otras cosas que quiero recuperar; hay otros regalos que Warren ha hecho a Nan Britton y a su niña. En estos documentos encontré la descripción de un abrigo de pieles muy hermoso que él dió a ella, y un abrigo para la niña; y pude saber que él personalmente escogió los zapatos, calcetines, sombreros y un cochecito magnífico pa-

ra ésta.

Calculé...si ella sería capaz de mandarme a Chicago para robar un cochecito para niño y traérselo... pero no, ella lo había pensado bien.

-- Quiero que usted me traiga una fotografía de ese cochecito; pero si necesito los abrigos de pieles y los demás artículos que he citado.

Nunca había visto tan furiosa decisión en un ser humano; pero ante este nuevo encargo tomé una decisión firme.

-- Realmente, señora Harding, me rehusó a inmiscuirme en privar de sus trajes a una madre y a una niña... sean quienes sean.

-- Usted obrará como le ordeno, dijo acremente.

-- Usted me pide que despoje de sus abrigo de invierno a esta mujer y a su niña. ¿Quiere hacerlos morir de frío? La próxima vez quizá me ordene... que los asesine.

-- Usted es un investigador, señor Means. Yo soy la esposa del Presidente de los Estados Unidos; usted está a mi servicio y yo le pago bien. Usted tiene órdenes de obedecer mis instrucciones.

Se sentó junto a la mesa sobre la cual estaban en desorden los papeles de china y las joyas.

-- Quiero todos los detalles probatorios que sea posible obtener, repitió, para poder saber exactamente lo que debo hacer, decir, y cómo presentar los hechos al Presidente Harding.

Esta fué la primera indicación de que todavía no había hablado del asunto al Presidente.

-- Todavía no estoy lista para obrar. Quiero una confesión y esperaré hasta que pueda arrancarla completa. Continúe la vigilancia de Nan Britton y téngame al corriente, y si se presenta alguna emergencia, venga inmediatamente. Ya mis doncellas tienen instrucciones de que usted podrá verme a cualquiera hora que venga.

-- Pero no he aceptado mi nueva comisión, le recordé. Ella continuó:

-- Con esas cosas en mi poder, seré la dueña de la situación. Yo mandaré y Warren obedecerá exactamente en todo lo que yo diga. Nan Britton también hará precisamente lo que yo le ordene.

Se detuvo, como estudiando su situación y saboreando su

triunfo; luego prosiguió:

-- Debo consultar a la señora X. La señora Boyd le permitirá verme en su casa. Me dirá qué hacer y cómo hacerlo. Ella ha declarado muchas veces que soy una "Niña del Destino". En lo sucesivo Warren Harding hará lo que yo le ordene. Y Nan Britton... ¡oh, a veces es más duro vivir que morir!... yo se los demostraré. ¡Ahora yo soy quien manda!

Durante toda la entrevista había estado yo de pie. Hice ademán de despedirme, diciendo:

-- Rehuso esta comisión. ¿Hay algo más?

Me miró, y sus ojos se contrajeron.

-- Sí lo hay.

Se detuvo y pensó un momento; luego ordenó:

-- Quítese su abrigo y siéntese.

"Señor Means: Warren Harding no es el padre de la niña de Nan Britton... y yo lo probaré".

CAPITULO X.

Las investigaciones de Means sobre el Presidente Harding.

-- Warren Harding no puede tener familia; por lo mismo, no es el padre de la niña de Nan Britton. Esto es lógico, ¿sí o no?

-- Si los antecedentes son exactos, advertí.

-- No hemos tenido hijos; y yo ya he demostrado mi capacidad, pues tuve un hijo en anterior matrimonio.

-- ¿Es esa una regla invariable?

-- ¿Cómo he de saberlo? arguyó. Tampoco me importa. Lo que yo quiero que haga usted, es demostrarme que Warren Harding no puede ser padre de familia.

Esperé su explicación.

-- ¿Y bien?

-- Cuando nos casamos, soñábamos en los niños; él ansiaba tener un hijo. Todos los días lo discutíamos; era el tema obligado en nuestras mentes y corazones. Yo confiaba en que nuestro amor se afirmaría con el lazo de la paternidad. Un niño lo habría retenido... en su propio hogar. Creo que así habría pasado, aunque mis observaciones de la demás gente no lo confirman como una hipótesis absoluta. Al Presidente Harding le encantan los niños, y todo el mundo lo sabe; él estaba loco por tener uno propio... ella repitió muchas veces.

-- ¿Está usted perfectamente segura de ello?

Hice esta pregunta porque vino a mi mente el recuerdo de algunos motivos que yo conocía, por los cuales el señor Harding podría no desear tener un hijo legítimo. Me acordé de la "campana en secreto" contra él: que tenía un algo de sangre Negra en sus venas. Un profesor de una universidad de Ohio escribió un libro en el que por medio de una disertación científica demostraba que existía aquella herencia; yo mismo había ayudado a encender la hoguera que consumió la edición completa de este libro... comprada con todo y sus derechos; los clichés fueron destruidos también.

La hoguera se hizo en el fondo del terreno de la regia residencia de la señora Boyd. Los libros y los clichés vinieron de Ohio a Washington en un carro express escoltado, y el carro venía lleno; el fuego fué soberbio.

¿Querría realmente Warren Harding un hijo legítimo? Me

pregunté nuevamente. Un hombre puede arriesgarlo con una mujer... pero eso era diferente; de momento, a pesar de todo el énfasis que la señora Harding desplegaba en contrario, yo tenía mis dudas.

-- Naturalmente, por supuesto, continuó. ¡No hay duda de ello! Ambos ansiábamos tener hijos, él más que yo. Y los hubiéramos tenido, si hubiera sido físicamente posible. Le doy el encargo de demostrar esta incapacidad física; ha sido examinado por varios especialistas; usted deberá ver sus informes y registros exactos. ¿Puede hacerlo?

-- No se ha llegado el caso de que fracase al tratar de conseguir un registro que necesite.

¡Con qué satisfacción escuchó aquello!

-- ¡Consígalos! El me dijo, después de varias visitas médicas y del diagnóstico final, que los doctores afirmaron que no había ninguna razón para que no pudiera procrear; que era un hombre normal y viril en todos sentidos. Ahora... dudo que me haya dicho la verdad. El orgullo... el orgullo masculino tan sólo era suficiente para hacerlo negar la verdad. Pero usted la obtendrá; tráigame todos los registros y copias para poder verlos con mis propios ojos. ¿Lo hará?

-- Sí señora, lo haré. Creo que no habrá dificultad. ¿Lo hago luego?

¡Qué ansiosa y alerta estaba!

-- Eso es lo primero. Dedíquese a eso de preferencia. ¡Ah, todavía es tiempo de salvar a Warren de esa terrible espada que tiene suspensa sobre su cabeza. Yo lo salvaré de esa muchacha malvada y de sus maquinaciones. Ella cree... que lo tiene en su poder; y yo le mostraré... ¡Los domaré a los dos, pero lo salvaré a él!

La señora Harding era mujer de invencible firmeza y cuando hablaba de "salvar" a Warren, brillaban fanáticamente sus ojos en una forma que me hacía comprender que nada la detendría de "salvar a Warren"... sacrificaría cualquiera cosa, persona o principio que se atreviera a obstruir su camino...

-- Cumpla este encargo tan pronto como sea posible; al mismo tiempo quiero que haga una investigación minuciosísima de Nan Britton.

¡Con qué calma y naturalidad recomendó esta formidable tarea!

Señora Harding, la dije: ya sabe usted que para hacer tales investigaciones de una persona tengo que comenzar desde que nació y seguir su vida entera, día por día, mes por mes, año por año.

-- Eso es exactamente lo que quiero, replicó moviendo vivamente la cabeza en sentido afirmativo. Aclare todo lo que se pueda saber de Nan Britton. Comience desde el principio. Se necesitan... lo comprendo, tiempo y dinero. No se fije en ninguno. Ponga a sus hombres a trabajar inmediatamente.

-- Ya tengo diecisiete hombres trabajando en las diversas comisiones que me ha confiado. Y a propósito, aquí están los últimos informes sobre la investigación del Coronel Darwin; puede leerlos a la hora que guste.

El Coronel Darwin era amigo de Harry Daugherty y visitaba frecuentemente la Casa Blanca. La señora Harding me había recomendado que investigara su vida social.

Le dí los datos, que tomó:

-- Por lo que se refiere al Coronel Darwin, me intereso solamente por los resultados y las conclusiones. ¿Es realmente cierto todo lo que he oído... que tiene seis esposas, y... todos esos rumores de su escandalosa vida con mujeres? ¿Es cierto?

-- Sí lo es.

-- Entonces... el paso es sencillo. El Coronel Darwin no volverá a la Casa Blanca. Eso es algo que sencillamente no puedo permitir ni tolerar.

Bien pude ver que la señora Harding no tenía idea de lo que podría significar enfrentarse al Coronel Darwin. Sus diversas operaciones y manipulaciones relacionadas con los arrendamientos petrolíferos a nadie eran conocidas, fuera del grupo íntimo.

Cuando me despedí de la señora Harding esta vez, estaba ella, aparentemente, en su estado mental normal, y por cierto más calmada que nunca. Me acordé de un General en Jefe preparando cuidadosamente sus soldados para el combate. En el fondo del corazón sentí piedad por el Presidente. ¡Poco soñaba él la tempestad que pronto se desencadenaría sobre su cabeza!

Las preocupaciones de Estado y las responsabilidades del Presidente de la nación más grande del mundo se desharían como espuma al golpe del viento, comparadas con el conflicto doméstico final que ella estaba preparando cuidadosamente.

La situación personal mía en el asunto nunca me preocupó... a pesar de lo raro que ello pueda parecer. Yo era un investigador y estaba asignado oficialmente a la señora Harding para trabajos secretos de investigación; y ella era mi cliente. Ese era el gran total de la ecuación completa, por lo que a mí se refería. Hacía lo que ella ordenaba, con toda

la acuciosidad de mi profesión. Si alguna vez me detuve a pensar en consideraciones a alguien... ciertamente no eran para ella. Las que pudiera haberme permitido tener eran solamente para el señor Harding. Me simpatizaba el Presidente, lo mismo que a todos los que lo conocían. Era hombre que se hacía querer.

Es relativamente fácil formar la historia física completa de una persona.

Por supuesto, ya sabía yo que el Presidente estaba asegurado. Por mis relaciones confidenciales con la compañía de seguros pude fijar la fecha en que se le había hecho el primer examen para asegurarlo. Esto me dió la clave de su vida desde que era un adolescente. (14). Del primer examen resultó que cuando era joven había padecido una enfermedad crónica. Por su juventud y poca experiencia, había tomado muchas medicinas de patente y consultado a charlatanes; su padre, que era doctor, descubrió pronto su estado y tomó su curación a su cargo.

Por mi relación con los investigadores de la Asociación de Seguros en sus oficinas principales en Nueva York, pude ver el certificado de su padre con mis propios ojos y pronto tuve en mi poder la historia física completa del Presidente Harding.

Encontré asimismo que, mucho después de su matrimonio, había sido examinado por un especialista notable de Columbus, Ohio. Este examen había sido recomendado, sin duda, por Harry M. Daugherty, en relación con el mismo punto de si podría ser el padre de la niña de Nan Britton. Debe haber sido para convencer definitivamente de ello al señor Harding y con el objeto de aligerar su conciencia. Todas las pruebas que la ciencia podía hacer las hizo el especialista. Todas ellas confirmaron y afirmaron que él podía procrear familia.

Para más seguridad y aprovechando una curación de la garganta en el Johns Hopkins de Baltimore, otro especialista notable había hecho el último y definitivo examen.

Nuevamente, cuanto medio estuvo al alcance de la ciencia se utilizó, arrojando el veredicto de que podía ser padre. En los exámenes, las pruebas químicas y microscópicas fueron numeradas.

Cuando una persona es electa Presidente de los Estados Unidos, tienen costumbre las compañías de seguros de aumentarle su seguro con una cuota mínima. Esto es, sin duda, con el objeto de estimular la venta de pólizas. El seguro del Presidente Harding había sido aumentado en esa forma, y todos los informes y exámenes se adjuntaron a su última solicitud; no necesité más de quince minutos para tomar todos los datos, reunidos como estaban ya.

Conociendo a la señora Harding, obtuve copias de todos aquellos informes. Fuí también a Columbus, Ohio. Como una distinción, la secretaria del especialista que había examinado al señor Harding me permitió los registros y diagnósticos originales; mandé sacar copias fotostáticas y los regresé.

Me comuniqué con una enfermera a quien conocía bien en el sanatorio de Johns Hopkins y obtuve así todos los diagnósticos originales, saqué copias fotostáticas y se los devolví.

Con este cúmulo de documentos intachables fuí a la señora Harding y se los mostré; no pudo ocultar su sobresalto.

-- Tendrá usted que convencerse, le afirmé, con informes tan precisos de autoridades tan competentes.

Se enderezó vivamente y habló con sorna.

-- ¿Convencerme de qué? ¿Por qué?

-- Del hecho bien confirmado, que el Presidente Harding puede ser padre.

Contrajo la boca con firme resolución:

-- ¡Nunca! Seguiré mis propias investigaciones. Consultaré al General Sawyer. Es nuestro médico de cabecera en la Casa Blanca y amigo de toda la vida. Me ha examinado en numerosas ocasiones. Haré que escriba un certificado de que puedo ser madre, el cual probará que el Presidente no puede ser padre.

Nunca había oído a la señora Harding declararse vencida. Su firmeza de propósitos era inquebrantable.

-- Pasaron los días de los milagros... sugerí sonriendo.

-- ¿Qué quiere usted decir?

Reí, tratando de suavizar la tensión de aquella escena, que estaba convirtiéndose en absurda.

-- En las Sagradas Escrituras, Sarah, la esposa de Abraham, fué madre a la edad de noventa años...

Rápida se volvió hacia mí, la cara demudada:

-- ¿Quiere usted divertirse? ¡A mí no me divierte! Se olvida usted de sí mismo, señor Means...

Sus modales se habían helado de enojo.

-- Discúlpeme; pero ¿por qué no aceptar lo inevitable?

-- ¡Nunca, nunca! Muchísimas veces me ha dicho el General Sawyer que Warren Harding no puede ser papá; repetidas veces. Si yo no lo sé, y si el General Sawyer no lo sabe, que Harding no puede ser padre ¿entonces quién puede saberlo? No me importa que un millón de especialistas eminentes digan que podría serlo... sé que no es la verdad.

¿Qué podría replicar un hombre razonable^a un argumento como éste?

-- He comenzado la investigación sobre Nan Britton, de acuerdo con sus instrucciones.

Pero ella no quería cambiar de tópico.

-- Espéreme. Todo lo que necesito ahora para confirmar mi prueba es una mirada cuidadosa a la cara de esa niña. Su próxima comisión es: ¡traerme a esa niña aquí para verla!

Me levanté para salir; más discusión en aquel momento era inútil.

-- Señora Harding... usted me ha convertido en un ladrón... y ahora quiere hacerme un robachicos.

Se encendió su cara; estaba realmente furiosa.

-- ¿No lo hará usted ?

-- No señora, no lo haré.

Siempre que comprendía que me sostendría en lo dicho, cedía ella inmediatamente.

-- Entonces... averigüe el minuto preciso en que esta niña nació. Yo haré que el General Sawyer reúna los datos que se refieren a mí; y así sabremos exactamente cuándo fue concebida la niña y dónde estaba Warren Harding entonces; pues no estaba con Nan Britton.

-- Está usted desperdiciando su dinero y mi tiempo, le dije secamente.

-- ¡Usted no comprende! Yo lo sé... porque la señora X me lo ha asegurado, que esta niña no es de Warren Harding. La señora X lo sabe.

-- ¿Cómo? ¿Cómo puede saberlo? La conversación se hacía sencillamente ridícula.

Ella replicó con énfasis:

-- Por la luna y las estrellas. Ellas se lo dicen todo. Ha pasado muchas noches estudiando esta pregunta, y cuando me dió su ultimatum, éste fue decisivo. No puede haber duda

sobre lo que dice la señora X! Está relacionada con las fuerzas celestes por medio de su extraordinario poder... y ellas la obedecen.

-- Entonces, en nombre del cielo, si usted sabe lo que quería saber, por conducto del General Sawyer y de la señora X... ¿por qué me ha empleado a mí?

-- Confiaba en que usted descubriría la verdad, pero veo que ha fracasado.

-- ¡Ah! ¡Comprendo!

Pero yo no lo entendía ni veía claro. La señora Harding era mujer de clarísima mente y frío razonamiento. Comencé a preocuparme... ¿le estaría sucediendo algo?

Esta fué una mera ráfaga de sospecha; comprendí su falta de fundamento y la deseché con disgusto y con... temor; pero no podía sonreír ante aquel secreto temor.

---:---:---

CAPITULO XI.

Nan llega a Washington... y a Harding.

Aquella misma noche sonó nuevamente mi teléfono, y la agitada voz de la señora Boyd se escuchó:

-- ¿Sabía usted que Nan Britton viene a Washington?

-- No lo sabía.

-- Pues viene. En el tren de Nueva York esta noche. Ha hecho terribles amenazas. ¡Es capaz de cualquiera cosa! Ahora escúcheme; el tren llegará a Baltimore mañana temprano. Quiero que usted vaya a Baltimore y tome ese tren, pues hasta temo que ella marche directamente a la Casa Blanca a reclamar sus derechos... y exija que se la reciba... y vaya a pretender que tiene ahí tanto derecho como la misma señora Harding. ¡Es capaz de todo!

-- ¿Quiere que robe y esconda a la chica?

-- No hay tiempo para bromas. Encuéntrela en el tren y vea a dónde se hospeda aquí y avíseme. ¿La ha visto antes? ¿La conoce?

-- No señora.

-- La conocerá fácilmente. ¿Hará usted ésto?

-- Ciertamente, asentí; y si ella va a la Casa Blanca, ¿qué debo hacer?

-- Póngase más listo que ella. ¡Arréstela! ¡Válgase de sus poderes! No me importa lo que haga, ¡pero evite un espectáculo público!

Salí esa noche para Baltimore y tomé el tren matutino de Nueva York a Washington. Recorrí descansadamente los carros dormitorios y al penetrar al Pullman en que Nan Britton había tomado su cama, la reconocí instantáneamente. Estaba en el vestíbulo y el portero sostenía su abrigo.

Era una joven de lo más atractiva: rubia, fresca, llena de vida. Ocupé un asiento en aquel carro y me fijé en ella, notando que los demás hombres del carro se fijaban también en ella. Decididamente era del tipo que gusta a los hombres.

Mientras caminábamos no dejé de asombrarme. Más bien me inclinaba a creer que el Presidente Harding tenía tanta ansia por ver a Nan Britton, como ella la tenía por verlo a él. De hecho era más fácil comprender el entusiasmo de él por ella, que el de ella por él.

¿Qué provecho estaba sacando ella? Después de todo, ¿qué vida tan solitaria para ella! ¿Dinero? Sí, pues le daba suficiente; y no sólo suficiente, sino que él le daba cuanto dinero podía necesitar y aún más de lo que podía gastar y representar honrosamente.

Y el Presidente Harding era un hombre excepcionalmente simpático, por no decir hermoso, sin duda alguna, pero... tenía treinta años más que esta mujer fresca, adorable, vivaz, que iba en el carro Pullman en viaje a Washington para verlo.

Luego, de repente, creí encontrar la solución: él era el Presidente de los Estados Unidos! ¡El había sido Senador! Y creí que la verdadera razón del constante interés de ella estribaba en el renombre y en la gloria de su puesto; era la única forma razonable de explicárselo.

Mis pensamientos vagaban al acaso.

Estaba firmemente seguro de que el Presidente Harding sufría profundamente por culpa de sus calaveradas y por el triángulo fatídico en que se había metido. Los hombres siempre han sufrido por la misma razón... desde que David, desde una azotea, conoció a Bathsheba, y la deseó y se la llevó; ¡y no hay registro en la historia, de que Bathsheba se resistiera! ¡David era Rey!

¿Y sufrió David? Las Escrituras relatan que durante largos meses bebió las lágrimas amargas del arrepentimiento; lo cual difiere de los relatos de costumbres modernas, pues el arrepentimiento no es un pasatiempo moderno en boga. ¡Al menos yo no lo he sabido!

Y... ¿no es bien difícil asociar nuestras ideas puritanas de la ética y de la teología y la moral, con la declaración bíblica de que David era "hombre preferido en el corazón de Dios"?

¡Sí! ¡David era Rey, y Bathsheba lo quiso!

Y si yo no estaba errado... la preciosa mujercita moderna que iba frente a mí en este carro dormitorio, tres asientos más adelante, mirando distraídamente por el cristal hacia el fugaz panorama... tenía su corazón y su mente completamente rendidos a los deslumbrantes rayos del "Rey", más bien que al romance de su juventud con un hombre lo suficiente viejo para ser su abuelo.

La señora Harding me había dicho que Nan Britton había estado siempre "loca" por Warren Harding. Tenazmente lo había perseguido desde que ella tenía doce años. Lo había provocado apareciéndosele siempre y persiguiéndolo, mostrando ante sus ojos inquietos su feminidad despierta de adolescente. Sus atractivos se exhibieron ante él sistemática, persistente y decididamente... hasta que sucumbió.

Esta muchacha atractiva, con el rubio y ondulado pelo cayendo en rizos de una apretada boina, después de todo no era más seductora que muchas otras muchachas y mujeres a cuya presencia yo mismo ví entusiasmado al Presidente Harding; pero ella era joven, fogosa, palpitante... anhelante de amor, y estaba deslumbrada por la varonil hermosura y por el alto puesto de él... y además, era mujer de decisión, seductora, alhagadora. ¡Y él adoraba a las chicas!

¿Y quién era la mujer que había sido su esposa durante treinta y dos años? Una mujercita bajita, grisácea, de enérgica y dominante voluntad, años más grande que él, aferrándose con tenaz desesperación a las ilusiones de la juventud... que no veía razón para no ser tan atractiva como cualquiera muchacha! Y que seguía consultando a una adivina para encontrar la misteriosa manera de realzar sus atractivos... sintiéndose bien segura, por su preparación intelectual!

La esposa fiel, que lo había hecho lo que era, reconocía... todo aquello! No creo que el Presidente haya querido nunca ofenderla. El había más bien procurado protegerla y apoyarla. Bien sabía yo que él no podía sentirse romántico en su presencia; ¡no.... por la salvación de su alma! pero he dudado de si llegó siquiera alguna vez a sentirse así. No era ella el tipo que inspira romance o pasión; de manera que él había asumido la actitud tan sencilla, moderna y popular, aprobada universalmente, que conduce a los pecados de la carne.

Pudo bien haber sido Nan Britton uno de sus muchos transportes pasajeros de éxtasis, o más bien, debe haberlo sido, con la enorme diferencia de que... ¡ella había tenido una hija de él! ¡Su única hija! El orgullo del hombre es la paternidad, y ella había borrado el estigma... ¡una niña!

Ahí era donde más apretaba el zapato. Aquello era lo que engendraba odio y más odio en el corazón impotente de la señora Harding. Y aquello explicaba el constante interés del Presidente en Nan Britton... ¿o no?

El Presidente tenía qué seguir haciendo el amor a Nan Britton; tenía qué mantenerla satisfecha y en paz. Y sin duda que era lo más fácil e interesante apelar a la abnegación y feminismo de ella y hacerla ver la necesidad imprescindible que él tenía de su cooperación para ayudarle a mantener su puesto. Probablemente tendría él que trabajar tiempo extra... con aquel fin; y tenía qué hacerle el amor, constante y convincente, lo cual quizá era bien fácil, pues ella era accesible!

Durante los años Senatoriales de él, habían viajado juntos, ambos en una cama Pullman, y habían llegado a varios hoteles en diversas ciudades, y se habían encontrado en toda clase de lugares.

Y ahora esta astuta y atractiva muchacha, sentada en un carro Pullman, fijo sobre ella el ojo escrutador de un Inves-

106
tigador del Departamento de Justicia, en viaje a Washington, iba quizá revolviendo dentro de su rubia cabecita los planes y medios para hacer valer sus derechos y los de su hija!

¡Sus derechos! ¿Qué "derechos" tiene una mujer cualquiera sobre un hombre en este país? ¿Qué "derechos" tiene un hijo natural?

Pensé que lástima para Nan Britton que no viviera en los días de los Borgias, en que los hijos naturales tenían derechos legales y sociales, y algunas veces hasta preeminencia sobre los habidos en el sagrado lecho nupcial...

Durante el reinado de los Borgias no se censuraba la natalidad ilegítima. César Borgia fué hijo natural, y también lo fué su hermana Lucrecia. Disfrutaron de su rango y herencia sin que nadie atacara la limpieza de su nacimiento.

A pesar de lo trágico y lamentable que es que los inocentes sufran las consecuencias de una situación de la cual son irresponsables... aun cuando sean "consecuencias casuales" de la lujuria de sus padres, la civilización ha adelantado de la época de los Borgias a la presente. Se han fijado reglas fundamentales de decencia, creadas por las conveniencias, y éstas representan el buen sentir de la mejor gente de todas las épocas.

¡Los Borgias!

No me había ocupado de ellos desde que estudié la historia medioeval en el colegio. ¿Y no se podía encontrar un sorprendente parecido entre aquellos días bárbaros y ahitos de sangre, con nuestra propia era tan civilizada?

En eso llegamos a la estación. La señorita Britton salió rápidamente del carro y esperaba en la plataforma, yo junto a ella. El portero estaba cambiando su equipaje.

Ella bajó del tren, señaló su baúl y petaca a un mozo gorra-roja, cruzó la plataforma y la estación. Tomó un carro de alquiler, hizo que su equipaje fuera colocado en él, saltó dentro y cerró con estrépito la portezuela. El carro partió.

Corrí a un taxi y la seguí. ¿Iría a la Casa Blanca? Nada de eso; su auto se detuvo en el Hotel Continental y ahí se inscribió. Luego avisé por teléfono a la señora Boyd.

---:---:---

CAPITULO XII.

En el cual se evita un encuentro embarazoso.

El rango de mis labores de investigación para la señora Harding cambiaba con frecuencia, rápidamente y sin esperarlo, de lo sublime a lo ridículo.

El trabajo laborioso de llevar a cabo las investigaciones de la vida de los señores Daugherty, Fall y Weeks (6), en las cuales en una ocasión tuve hasta diecisiete hombres hábiles en movimiento y el que necesariamente requería muchos meses, se vió interrumpido a veces por encargos urgentes de la índole más trivial.

Me acuerdo que en un momento en que estaba seleccionando los diversos informes escritos de mis hombres, relacionados con aquellas investigaciones vitales y arreglándolos por orden cronológico, la señora Boyd me llamó urgentemente por teléfono para que fuera luego a su quinta "Glen Haven".

Tuve qué dejarlo todo pendiente para tomar mi carro y correr a complacerla. Ya sabía que, como siempre, un recado de la señora Boyd significaba asuntos de la señora Harding.

En veinte minutos, más o menos, llegué a "Glen Haven" y me sorprendió bien poco encontrar a un lado de la entrada el auto de la Casa Blanca.

Sin embargo, la señora Boyd en persona salió a recibirme. Estaba pálida y excitada. Me habló en secreto antes de que pudiera decir una palabra de saludo.

-- ¡Por amor de Dios... llévase a la señora Harding! Ponga cualquier pretexto. El Presidente y Nan Britton están aquí... ¡arriba! Llévase a la señora Harding ¡llévesela!

No respondí pero lo comprendí. El señor Boyd era el confidente del Presidente, en sus encuentros secretos con Nan Britton y me supuse que él les había concertado esta entrevista.

La situación era difícil, sin género alguno de duda. ¿Lo sospecharía la señora Harding? Si tal pasaba, entonces mi encargo era difícil e inútil.

Encontré a la señora Harding cómodamente instalada en un diván en la biblioteca. No se había quitado el sombrero. A la primera ojeada me dí cuenta de que este enredo era casual y podía solucionarse. La señora Boyd nos dejó solos. La señora Harding se mostró claramente satisfecha de verme, y me anticipé a disculparme:

-- Usted tiene siempre tantia ansia de conocer los in-

formas de las investigaciones de sus amigos del Gabinete, que estoy seguro que tendrá gusto en ver los que mis hombres caban de entregarme... y en gran cantidad.

Esto, como siempre, despertó su completa atención.

-- ¡Ah... sí! ¡Qué lentos han sido en esclarecer cosas que tanto me interesan! ¿Han conseguido al fin poner en mis manos las armas que necesito? ¿Lo han conseguido?

No me senté sino continué de pié, reclinado descuidadamente sobre el marco de la chimenea.

-- Eso depende de las armas que usted necesite, repliqué sonriendo.

-- ¡Bien sabe usted lo que quiero! me interrumpió.

Pero yo no quería aparecer de prisa.

-- Usted podrá juzgarlo en persona. ¿Le agradería leer esos informes conmigo antes de copiarlos y archivarlos? Usted podrá ver los originales y formarse una idea más precisa que yo.

-- Sí, me gustaría.

-- ¿No tiene usted algún compromiso para esta tarde?

-- No. ¿Trajo consigo esos informes? Podríamos verlos aquí con toda comodidad.

Balbutí como pude:

-- Pues... no los traje. Luego bajando la voz le dije: No sabía que usted quisiera que la señora Boyd se enterara de sus investigaciones sobre estos señores. ¿Las conoce?

-- No, no las conoce.

De nuevo hablé casi en secreto:

-- Si yo fuera usted no dividiría el secreto. ¿Quiere venir conmigo, y me ayudará a leer esos informes? Ellos relatan su propia historia.

-- ¿Qué pensará la señora Boyd? Acabo apenas de llegar...

Pero se había puesto de pié y se preparaba a salir.

-- ¡Oh! No se fijará. Yo le daré una disculpa.

Toqué un timbre y cuando vino el criado le pedí que llamara a la señora Boyd, a quien pregunté cuando llegó:

-- ¿No tendría usted inconveniente en que la señora

Harding me acompañe a un asuntito?

¡Qué mirada de gratitud me dirigió!

-- Por supuesto que no, asintió.

¿Que si tenía ella inconveniente? Nunca se vió mayor satisfacción impresa en semblante humano.

La señora Harding partió en el auto de la Casa Blanca, y a los pocos minutos seguí en el mío. Fui a mi oficina en la calle 16 No. 903 y reuní todos los informes escritos por mis hombres, que no había copiado y archivado como acostumbraba siempre. Los llevé consigo a la Casa Blanca, y la señora Harding y yo pasamos horas enteras leyéndolos y discutiéndolos. ¡Se había salvado otra crisis... o cuando menos evitado!

CAPITULO XIII.

Means investiga la vida de Nan Britton.

Cuando la señora Harding me confió la misión de investigar extensamente toda la vida de Nan Britton, fué con el objeto bien definido de probar el hecho de que Nan Britton tuvo otros amantes y que el Presidente Harding no era el padre de su hija. Ya había agotado ella, hasta este momento, todas las demás probabilidades o posibilidades. Aún después de que la señora X, tras sus numerosas orgías con la luna y las estrellas había asegurado a la señora Harding que el Presidente no era el padre de la niña, según su "ultimatum", la señora Harding estaba aún decidida a corroborar las aseveraciones de la adivina con pruebas más tangibles y más convincentes.

Según mi costumbre de investigador, después de que se me confiaba verbalmente una comisión, hacía una nota, un "memo" como nosotros lo llamamos, y lo llevaba a la señora Harding para aprobación. Esto evita confusiones y malos entendimientos.

La señora Harding me había dicho:

-- Quiero que usted investigue TODO lo relacionado con Nan Britton. Quiero saber TODO lo que a ella se refiere.

Cuando le dí el "Memorandum" para confirmación, lo leyó: "Asunto, Nan Britton. Investigar desde la fecha de su nacimiento" y dijo:

-- No me interesa saber nada sobre su nacimiento. Ya lo sé todo. No pierda tiempo en detalles como ese.

Pero yo afirmé:

-- Usted podrá creer que lo sabe todo pero para llevar a cabo debidamente una investigación cuando usted me dice que quiere saber todo lo que se relaciona con una persona, a menos que la comience desde el momento de su nacimiento, no será completa; y tendrá que hacerse semana por semana, mes por mes, año por año.

-- ¿Hizo eso mismo con los otros?

-- Ciertamente, como usted podrá recordarlo; con el señor Daugherty y los otros tres miembros del Gabinete.

-- Bueno, estoy de prisa en este caso. No pierda tiempo en pequeñeces. Comience a los 12 años.

Puso su Visto Bueno al memorandum y me fuí a trabajar.

Comencé desde su nacimiento, sin embargo, como lo hago siempre. Mandé a dos de mis mejores hombres a Marion, Ohio. Es un procedimiento mucho más fácil y sencillo de lo que la gente se imagina, obtener pronto y rápidamente los informes sobre la vida de alguien. Si no se obtienen pronto y fácilmente todos los hechos, cuando menos se forma la base sobre la cual trabajar para adquirirlos.

Mis ayudantes fueron a las escuelas superiores en Marion y ahí obtuvieron el registro escolar completo de Nan Britton. También anotaron la matrícula de todas sus compañeras de clases mientras estuvo en superior y en preparatoria. Esto nos proporcionó, escritos por sus padres y en la propia escritura suya, los datos de su nacimiento, vacuna, enfermedades de la niñez, etc. etc.

Tomaron también una lista de sus amigas y conocidas, entre sus compañeras de escuela.

Pronto descubrimos dos muchachas que habían terminado sus estudios con ella en las escuelas y que ahora trabajaban en Dayton, Ohio. Mis hombres fueron allá; se hicieron amigos de ellas y pronto supieron los nombres de varios muchachos que eran amigos de Nan Britton y que habían tenido "choques" con ella.

Las muchachas sabían poco o nada de Nan Britton; decían que era una mojigata, un palo, un hielo. Que no le gustaban los muchachos.

Mis hombres entrevistaron a los muchachos que habían tenido "choques" con Nan. Separada y espontáneamente dijeron que Nan Britton nunca permitía a ningún muchacho que se tomara libertades con ella.

Una de las muchachas de Dayton confió una vez a uno de mis hombres, que el impresor del "Marion Daily Star" le había contado algunas "historias" acerca de Nan Britton y del Presidente Harding. Mi hombre fué a Marion a hablar con el impresor.

Se le dijo que cuando Nan tenía catorce o quince años de edad, iba dos veces por semana a la oficina del Star, después que todos habían salido, incluso la señora Harding. El tenía que quedarse a arreglar las cosas y terminar detalles; y añadió que, habiéndose subido a un banco y asomado por la ventana de un tabique, pudo ver que Nan Britton se sentaba en las piernas del Presidente y éste la acariciaba y la mimaba.

Pero estos informes no nos llevaban por el terreno que nuestra cliente deseaba y exigía.

Todos sus amigos y conocidos durante los años que Nan vivió en Marion insistían en que era una muchacha buena y

virtuosa. Ocasionalmente pudo haberla besado algún muchacho, pero eso era todo.

Después que ella salió de Marion y entró al mundo "dirigiendo su propia barca", mis hombres la siguieron en sus investigaciones desde el momento en que bajaba del tren hasta que salía de cada lugar.

Se informaban dónde había vivido. Hablaban con la dueña de la casa. Investigaban cuánto gastaba, su cuota por alimentos, dónde compraba sus vestidos y lo que le costaban. Investigaban dónde había trabajado y con qué sueldo.

En la primera ciudad a la que fué al salir de Marion, mis ayudantes pudieron verificar sus entradas y sus gastos... casi al centavo.

Informaron que Nan Britton era una joven muy cuidadosa y prudente. Sus cuentas de lavandería eran pequeñísimas. Una o dos veces encontraron que había tenido fricciones con la dueña de la casa, porque lavaba su ropa en su habitación. Aclararon dónde mandaba poner medias suelas y remiendos a su calzado y dónde compraba sus medicinas. Esto último es siempre importante en cualquiera investigación. Nan Britton compraba sólo lo más indispensable.

Dondequiera que vivió, Nan Britton gozó de alta reputación entre sus amistades.

Era entusiasta y vivaz y popular pero no se preocupaba por los hombres. Muchos muchachos habían solicitado en vano sus favores.

Una señora comunicó que Nan tenía solamente un retrato de hombre en su cuarto, siempre sobre su vestidor; de ahí hicimos una rápida deducción.

A pesar de todo no íbamos adelantando mucho.

También descubrimos que, dondequiera que vivió o estuvo, cruzó correspondencia, más o menos frecuente, con el señor Harding. El le mandaba muchísimas postales de recuerdo.

Durante esta investigación utilizamos la ayuda de muchas mujeres.

Para acortar el cuento, Nan Britton no tenía amantes EXCEPTO el señor Harding. Seguimos su vida día por día, mes por mes y año por año... en todos sus detalles, con el objeto de demostrar, si era humanamente posible, que no era una muchacha virtuosa. En esto fracasamos por completo.

Ningún hombre dió dinero a Nan Britton excepto el señor Harding. Ella lavaba personalmente su ropa; ella arreglaba su ropa; mandó pintar un abrigo de invierno; compraba poco.

Algunas veces pagaba sus cuentas con tardanza, pero muy poca en cada ocasión. Ella se había ganado el respeto y la admiración de todos los que la conocían.

Estos informes, a medida que me llegaban, los pasaba a la señora Harding. Su enojo y consternación crecían con cada uno de ellos, hasta que por fin perdió la esperanza.

---:---:---

CAPITULO XIV.

La señora Harding se encara,
con pruebas, al Presidente.

Habían transcurrido varias semanas. Estaba ocupado completando el trabajo de las investigaciones de la vida de las personas que la señora Harding me había señalado expresamente. Ella estaba tan ansiosa de obtener los datos de esas investigaciones, que casi todos los días me llamaba para saber qué había sabido. Esto era especialmente cierto, por supuesto, en el caso de la vigilancia de Nan Britton.

Un cambio gradual, casi imperceptible, estaba aconteciendo a la señora Harding. Yo sabía bien en qué dirección estaba concentrando sus actividades. Jugaba con audacia en pos del poder. La fuerza motriz de toda su vida había sido una sed insaciable de autoridad. Su ambición no conocía límites. Se imaginaba a sí misma como la directora de la nación, lo cual en realidad ya era, en una proporción mucho mayor de lo que nadie podía calcular.

Yo estaba en mi casa, en el despacho No. 903 de la calle 16, trabajando y copiando algunos informes detallados sobre la investigación de Nan Britton, que todavía no terminaba, cuando llamó mi teléfono; era la señora Boyd. Mis citas a la casa de la señora Boyd para hablar con la señora Harding habían sido tan regulares y precisas recientemente que no era necesario que me hablara por teléfono; de manera que esta llamada, sobre cualquier asunto que fuera, yo sabía que representaba algo desusado e importante.

Ella me dijo: -- La señora Harding desea que usted vaya a la Casa Blanca tan rápidamente como pueda. Acaba de telefonarme.

Se detuvo, y yo esperé.

-- ¿Y bien? pregunté.

-- Está sumamente excitada, añadió con temblorosa voz.

-- Gracias. Iré.

¿Habría llegado el fatal momento? ¿Se habría encarado la señora Harding al Presidente, con las pruebas de sus relaciones con Nan Britton?

No me dí prisa. Me senté a mi escritorio, a pensar. Tenía el presentimiento de algo malo, un anuncio vago de algo que siempre se traduce en dificultades.

Rápidamente repasé en mi mente las circunstancias del predicamento en que me encontraba. La señora Harding era mi cliente; yo había estado trabajando con ella.

Sabía que la señora Harding se sentía nombrada por la divinidad como el árbitro del destino de su esposo. ¿O no lo había ayudado a subir, paso a paso, y no lo había colocado en la más encumbrada oficina, en el corazón de la nación más grande del mundo? Todo lo que ella me había ordenado que hiciera había sido por él.

Ella era la "Niña del Destino", le había dicho la señora X... ¡y eso lo decidía todo! ¡La Niña del Destino!

¿Cómo pudo nunca un hombre como Warren Harding prenderse de ella? cavilaba yo. Era él un príncipe, un Apolo, un Adonis. Era el tipo del hombre que a todos simpatiza, decían hombres y mujeres. Sus amigos decían que ninguna mujer podía resistirlo, ni siquiera lo intentaba. Tenía, sin duda, un encanto fatal para las mujeres. ¿Y ella? Sus mejores amigas admitían luego su falta de hermosura, o cuando menos de algo que pudiera semejarla. No era de agudo ingenio; ni siquiera atractiva, a pesar de sus esfuerzos por parecerlo, bien dignos de lástima. Una mujercita grisácea, de enérgica voluntad, de mente decidida, nueve años más grande que su esposo, se decía, aferrándose con desesperación tenaz a las ilusiones de la juventud y fracasando, pues solamente se consolaba ella misma; ambiciosa, mundana, sedienta de poder.

¿Y ahora, qué estaría pasando en sus habitaciones de la Casa Blanca a donde se me había llamado?

Naturalmente, las vicisitudes de mi profesión me habían colocado muchas veces en escenas desagradables entre esposa y marido, y nunca fueron de mi agrado éstas. Las evito siempre que me es posible. Esa es una regla importante para todo investigador.

Tuve un sobresalto... casi estuve seguro de que ahora me esperaba tal escena. Inconscientemente había estado esperando este llamado durante una o dos semanas, siempre con la oculta esperanza de que no llegara.

Sin embargo, después de que la señora Harding tuvo en su poder los informes tan completos y detallados, como nunca los he rendido a persona alguna que me ha encomendado una investigación, temí que ya no había escapatoria para mí a ese respecto.

¡Si la señora Harding hubiera siquiera dejado sólo al Presidente! Pero nunca lo hizo; nunca quiso dejarlo. Yo estaba seguro de que ella anduvo siempre inmiscuyéndose en las entrevistas y estadísticas y otros asuntos públicos... husmeando,

(Ilustración en página 163 del libro).

... ¿No lo había ayudado ella a subir, paso a paso, y lo había colocado en la más encumbrada oficina, en el corazón de la nación más grande del mundo?

husmeando, husmeando. Siempre andaba diciendo "¿Por qué fué eso, Warren?" "Es raro que hayas tenido que hacerlo; no querías hacerlo!" "He oído decir que nunca lo quisiste". "Hay algo detrás de todo este enredo... que ya llega a criminal". "¿Por qué no dices algo?" "¿Qué mujer anda en el fondo de esto?" "No soy una tonta, Warren; no puedes hacerme tonta; lo que sé lo sé bien". "No puedes decir que tu voluntad es exclusivamente tuya". "¿Tienes miedo a estos hombres!" "¿Por qué? Dime, ¿Por qué?" "Yo lo sabré! Yo siempre lo aclaro!"... Hush, hush, hush...

Si siquiera lo hubieradejado sólo. El había sido siempre fiel al Partido; este era el factor más importante en su carrera. Era un modelo de disciplina de Partido, listo siempre al llamado de su Partido.

Una vida privada que rechaza las exigencias de la sociedad convencional con respecto a la fidelidad marital no excluye necesariamente la posibilidad de una vida pública dedicada al servicio del país. ¿O la excluye? me pregunté a mí mismo. Estas personalidades duales noson en manera alguna desconocidas en nuestra civilización del Siglo XX.

Y sin embargo, yo sabía que, cualquiera que la vida privada del Presidente Harding haya sido, a pesar de lo sensacional, a pesar de lo romántica, ahora se daría a conocer... a punto de expirar. Y también me ví precisado a admitir, por lo que yo sabía, por evidencia absoluta, que su carrera pública no había sido exclusivamente dedicada a elevar la dignidad y el honor del país. Toda la "compañía" lo sabía; todos mis jefes lo sabían. ¿Cuál podría ser, y cuál sería, el resultado final?

El estaba siendo aprisionado en su propia bomba doméstica y la señora Harding la tenía en sus inexorables manos. ¿Qué expiación exigiría de él? ¿Dios lo sabe, y El lo ayude! Lo compadecí.

Raciociné que, ante la evidencia concreta que la señora Harding le había presentado, él tendría que admitir su culpabilidad. ¿Haría él esta confesión obligada o lo negaría a pesar de las pruebas? Pero... ¿qué hombre no es culpable? pensé con algo de malicia; y ¡cuántos hombres, en esa hora de rendir cuentas, han exclamado que la ira de Dios los castiga injustamente, por faltas de las que son culpables todos los hombres!

¿Lo salvaría la gracia de una Providencia indulgente? Confié en que así pasara.

¿Pero por qué debería ir yo en absoluto mezclado en este asunto? Las pruebas estaban ahí: sus cartas a Nan Britton, sus diarios, las joyas que él había mandado a ella y a la niña... todo el conjunto de pruebas. La señora Harding las tenía.

Yo había, sencillamente, cumplido mi deber. Había desempeñado mi trabajo; yo sería leal a mi cliente, como lo exigía la ética de mi empleo... sin importar mis sentimientos o mis preferencias personales. Mi lealtad y mis servicios pertenecían a ella, pero nuestras simpatías son propias. Raciociné que no era muy factible que se me llamara a reforzar cualquiera de las partes... la una o la otra. ¿Por qué? Ella tenía todos los datos en su poder. ¡Yo sabía bien poco!

Mi compasión era para el Presidente. Podía imaginarme su sufrimiento moral. Sabía que él no quería dañar a la señora Harding; él nunca la hubiera hecho sufrir deliberadamente.

De repente me levanté, tomé mi sombrero y me dirigí a obedecer el llamado.

A medida que lentamente iba recorriendo la distancia que separaba mi casa de la Casa Blanca, sentía un peso de plomo en cada pie. Mis sentimientos tenían más libertad de la que era debida. Yo no podía darme el lujo de simpatizar; cualquiera escena de que se me hiciera testigo debería ser presenciada... profesionalmente.

Me acordé del primer llamado de la señora Harding para ir a la Casa Blanca. Había sido en el Otoño, en Octubre. Recordé que los jardineros andaban reuniendo las hojas muertas y secándolas en carritos. Me acordé de la hoja que había levantado yo, seca, ajada... que me trajo a la mente la cara de la anciana.

Ahora estábamos al principio de la Primavera. En todo el país la tierra libre estaba reviviendo súbitamente. Se sentía en la atmósfera el perfume de la oxiacanta, suave y vago, como la dulce fragancia del campo inglés en el mes de mayo. Andaba el primer petirrojo saltando sobre el césped que revivía en el jardín de la Casa Blanca. Las hojas secas habían desaparecido y la nueva vida germinaba lozana.

Pero la señora Harding nunca permitiría verse suplantada... por una lozana joven. ¡Ni esperanza! Ella se aferraría a su Warren con su último suspiro; ese era su deber, por supuesto, ¡por supuesto! Era su esposa y sin embargo... de repente mis pensamientos reaccionaron, pues estaba profundizando en ramificaciones filosóficas más hondas de lo que las circunstancias permitían.

¿Para qué me había metido en ello? me pregunté; la señora Harding me había llamado. Estaba excitada. De seguro que ella se había encarado al Presidente con todas las pruebas de su infidelidad. ¿A dónde había llegado yo? ¿Qué podría hacerme ella? ¿Para qué necesitarme como parte en esta revolución?

Comprendía claramente que la escena a la cual se me llamaba inevitablemente pasaría entre el Presidente de los Estados Unidos y su esposa, la Primera Dama de la Nación y

que tendría una trascendencia histórica... en la Casa Blanca, el Alcázar Ejecutivo.

Las fragilidades y debilidades de la naturaleza humana no respetan las personas. Me olvidaré de su prominencia y los consideraré como dos seres humanos normales. Esto simplificará las cosas y me sentiré en terreno conocido. Era lo mejor, lo más humano que podía hacer.

Como de costumbre entré por la puerta especial y me dirigí directamente al apartamento de la señora Harding. Ya era bien conocido y ninguno de los guardas, criados y doncellas se fijó en mí, excepto para hacerme una inclinación.

Al acercarme a la puerta de la habitación de ella, ví que estaba abierta y oí voces altas... nota discordante y rara en aquel lugar. Ví también al Presidente cruzar al lado opuesto de la habitación y dirigirse fuera.

La atmósfera estaba pesada. Se sentía...antes aún de observar a la señora Harding, en su inevitable traje floreado, con la faz firme y lívida, y con la resolución pintada en todas sus maneras. Estaba de pie en el centro de la pieza, las manos hacia un lado, los pies bien separados... como un General en el campo de batalla.

Sus ojos brillaban en su faz blanca y arrugada, dilatándose, agrandándose, como los de un gato o una pantera. Se veían sus manos caídas y apretadas hasta descolorir los nudillos. Temblaba toda ella; y sin embargo, su excitación dejaba entrever un desafío triunfante.

Sin saludarme me dijo:

-- He tenido una discusión con Warren. (15). Ya sabe él ahora que lo sé todo. En mis manos está la fuerza... no lo olvide. Pronto recibirá usted de él una carta, condenándolo sin piedad.

-- ¿Qué he hecho?

-- El se lo dirá. Y lo que yo quiero saber de usted es esto: ¿Cuál va a ser su actitud? ¿Estará usted con él o conmigo?

---:---:---

(Ilustración en página 169 del libro).

... Olvidaré su prominencia y los consideraré
como dos seres humanos normales....

CAPITULO XV.

El Presidente Harding despide a Means.

Evadiendo una respuesta categórica a su pregunta le dije:

-- Usted dice que el Presidente me escribirá una carta. Las cartas nunca me han preocupado, señora Harding. A veces una entrevista personal me coloca a la defensiva... pero realmente prefiero esto último.

-- ¿Usted no buscaría una relación personal con... el Presidente? me preguntó ansiosamente, sus últimas palabras con el aliento en suspenso.

-- El Presidente es un hombre, por el momento... ni más, ni menos, desde mi punto de vista. Por mi parte, nunca me escudo tras de unas cartas. No tengo el menor temor a personas que escriben cartas... principalmente cuando se puede hablar frente a frente. ¿Qué objeto tienen?

Ella volvió de repente al principal punto del asunto.

-- ¿Le daría usted informes de los que tiene, o copias de documentos?

La calmé inmediatamente.

-- Usted es mi cliente, señora Harding. Lo que ha pasado entre usted y yo, por lo que a mí concierne, es confidencial. Usted puede decirle lo que crea conveniente; mi intención es no descubrirle nada.

Ella no se sentía todavía muy segura.

-- ¿No sabe usted que él puede hacer que se le despida y procese?

Alcé los hombros al replicar:

-- En tal caso... hay otros medios de ganarse la vida. Adelantó un paso hacia mí y bajó la voz, diciéndome:

-- Warren Harding puede sublevarse, usted lo sabe!

A lo que contesté, usando la frase callejera:

-- Mientras más alto esté el hombre, más fuerte caerá.

-- ¿Qué quiere decir?

-- Quiero decir que Warren Harding, su esposo, es el

Presidente de los Estados Unidos. Ha sido antes músico e impresor. Lo consideraré desde el punto de vista meramente humano... por ejemplo, como un cajista. Por el momento, en una crisis como ésta, el hecho de que sea Presidente de los Estados Unidos es meramente incidental.

Por lo que pasó luego, siempre he creído que en aquella habitación había un micrófono, mandado colocar ahí por el Presidente para escuchar nuestra conversación. Apenas había terminado mi explicación de cómo consideraba al Presidente, cuando apareció éste súbitamente en el marco de la puerta por la cual había salido cuando yo iba llegando.

Instantáneamente lo ví frente a mí, con su brazo extendido, señalándome con el dedo. Estaba rojo de cólera; temblaba todo entero.

Pero su actitud me calmó, por raro que pueda parecer. Si hubiera entrado a la pieza con los puños apretados, yo habría podido esperar un golpe y quizá también si trajera los puños al lado, habría temido la posibilidad de un encuentro personal; pero el hecho de señalarme con el dedo demostraba claramente que no me atacaría. Un dedo levantado significa acusación y no combate; reproche, no ataque.

-- He dado órdenes al Departamento de Justicia para despedir a usted, me dijo. ¿Con qué autorización ha vigilado usted al Presidente de los Estados Unidos?

-- Me hace dos preguntas a la vez. ¿Cuál de las dos desea que conteste primero?

Yo estaba enteramente calmado y sonriente. La señora Harding estaba aún de pie como cuando yo entré, y miraba al Presidente y luego a mí alternativamente. Conservaba su sangre fría; sus labios delgados estaban firmes.

-- ¡La que usted prefiera! vociferó.

Yo contesté:

-- En una ocasión permití que el Departamento de Justicia me despidiera públicamente para impedir que el Congreso acusara a su amigo el señor Harry M. Daugherty, Abogado General de los Estados Unidos. Esto me puso en condiciones de robar a los Diputados Woodruff y Johnson (29) todos los documentos que lo habrían delatado. Por medio de este cese público dichos Diputados me creyeron enemigo del señor Daugherty y de usted y su camarilla. En esa forma pude dejar burlados a los diputados. ¿Tiene usted... quizá... otro trabajo parecido?

Este recordatorio puede haber sido de mal gusto... sin duda que lo fué, pero por mi alma que no podía privarme de la satisfacción de hacerlo. Callé y esperé la respuesta...

pero no vino. El rojo de su cara se había tornado lentamente en lívido. Continué:

-- En respuesta a su segunda pregunta: No he puesto a usted bajo vigilancia... pero sí lo he hecho con su amante y con la mamá de su hija.

Retrocedió uno o dos pasos, pero se repuso afianzándose a un lado del diván. Una mesita lateral cayó. La señora Harding saltó hacia él, levantó cuidadosamente la mesa y la colocó bien derecha.

-- Cálmate, Warren; ahora cálmate. No des un espectáculo. Cálmate, suplicó nuevamente.

Aparentemente él ni la vió ni la oyó. Noté que su cara contraída cambió de gris a verde lívido y vigilé sus manos, que se humedecían al estrujarse. Su voz era pesada al decirme:

-- Bien... usted encontrará que ha sido despedido sumariamente, y su cese se encuentra en este momento en su casa, calle 16 No. 903.

Yo no soy más que un ser humano; enojarse es otra prerrogativa humana, y lo mejor que pude hacer fué controlar mi ser. Buen trabajo me costó; pero hablé en el tono más natural, al replicarle:

-- ¿Me permitirá usted que confirme sus palabras por medio del teléfono? Soy un investigador. Ello me permitirá hablar con usted más inteligentemente. ¿Puedo hacerlo?

-- Ciertamente.

Con sorpresa suya, creo, me dirigí al teléfono del escritorio de la señora Harding, llamé a mi casa, al No. 903 de la calle 16. Mi suegro y confidente, el señor Patterson, contestó y antes de que pudiera yo hacerle pregunta alguna me informó acabar de recibir una carta muy importante del señor Harry M. Daugherty, dándome instrucciones para entregar mi placa y credenciales de Investigador al Departamento de Justicia... que estaba despedido en el instante.

Dejé el teléfono y regresé a la habitación, dirigiéndome al Presidente: -- Su declaración es correcta, señor. Por lo que entiendo de la ley, debo entregar mi placa y credenciales al primer alto funcionario con quien trabé contacto. De manera que... para no infringir la ley, las entrego a usted.

Extendí la mano con la placa y credenciales, pero él retrocedió.

-- ¿Las rehusa usted?

-- Sí.

Luego las ofrecí a la señora Harding, pero no se movió para recibirlas.

-- ¿Usted también las rechaza?

-- No es asunto mío en absoluto.

-- Muy bien. Las dejaré entonces aquí.

Las coloqué sobre el escritorio de ella y dije:

-- Gaston Means, ciudadano, se dirige a ustedes; no Gaston Means, Agente del Departamento de Justicia. Cualquiera de ustedes... o ambos... pueden ir al terreno que deseen.

Entonces habló al Presidente:

-- ¿No sabe usted que ha violado la ley y va a ser procesado? ¿No sabe que el Congreso Americano ha dispuesto que el Servicio Secreto de los Estados Unidos protegerá al Presidente, y no al Departamento de Justicia?

-- Lo comprendo. Yo no he protegido a usted, fué mi rápida defensa.

Con igual rapidez vino su desafío:

-- ¿Qué ha venido usted haciendo con la señora Harding?

-- La ley nada dice de que alguien debe proteger a la esposa del Presidente. Creo que la ley la considera como una nulidad. Al menos eso es lo que el Coronel Felder me indicó cuando solicité su opinión legal sobre el trabajo para la señora Harding. Me aseguró que obraba dentro de la Ley.

Su faz se tornó rojiza.

-- ¿Ah, con que usted ha estado consultando abogados sobre lo que ha estado haciendo, eh?

-- No, los consulté antes de comenzar este trabajo, tal como lo hizo usted con el señor Daugherty. Como yo lo entiendo, según la opinión del Coronel Felder, el Servicio Secreto está destinado por ley para proteger a usted de día y de noche, y para eso se le paga. Si hay conflicto entre el Departamento de Justicia y el Servicio Secreto en relación con ésto, sugiero que el señor Daugherty pida su opinión a su amigo íntimo y compañero, el Coronel T. B. Felder; de hecho, y siempre, en todo asunto de importancia.

-- Usted tiene fama de ser un buen investigador, señor Means. Creo que eso significa... que usted consulta legalmente... antes de trabajar.

-- ¡Siempre! Sería un tonto si no lo hiciera en cualquier asunto de importancia.

-- Bien... a donde quiero llegar y quiero que usted llegue inmediatamente, es esto: ¿Dónde están esos papeles y cartas, documentos y artículos... todo lo que usted reunió para la señora Harding? Ella me dice que usted los tiene.

Esto me produjo una desagradable sorpresa, pero no pude negarlo.

-- Ella es su esposa. ¿Usted no dudaría de lo que ella le dice?

-- Quiero que me los muestre inmediatamente. Tráigalos... aquí... y a mí. Si no lo hace, haré que se le procese a pesar de lo que el Coronel Felder o cualquiera otro le hayan dicho. El Servicio Secreto es la única rama del Gobierno que tiene autoridad para manejar los asuntos Presidenciales de cualquier género.

-- Según el Coronel Felder eso es absolutamente correcto. Pero la ley no menciona nada acerca de la esposa del Presidente. La señora Harding fué mi cliente.

De nuevo se encaró conmigo con su índice extendido:

-- ¡Por Dios, quiero que usted sepa y que lo sepa también el Coronel Felder, que ustedes no van a salirse con la suya en un asunto de esta naturaleza! Quiero todas esas cartas, diarios, fotografías y artículos... toda la información que usted ha reunido... y estoy decidido a obtenerlos. La señora Harding me dice que usted los tiene; y usted ¡me los traerá! Y usted se sentará aquí, frente a esta mesa, y dictará exactamente todos los detalles de lo que ha pasado entre usted, la señora Harding y todos los que han tenido que ver en el asunto.

Durante este largo ataque su voz temblaba de rabia, las palabras caían recalcadas una tras otra, mientras el Presidente caminaba nerviosamente de un lado a otro del cuarto, como un león enfurecido. La señora Harding se había sentado en una antigua mecedora, muy pasada de moda, y se mecía fuertemente.

Yo le repliqué:

-- Usted podría haberme dicho eso hace dos horas... ¡pero no ahora! Ya no dependo del gobierno y no acepto órdenes de usted ni de nadie más. ¿Con qué autoridad pretende usted doblegarme?

Su respuesta fué, y casi como hablando consigo mismo:

-- Creo que no comprende usted la trascendencia de lo que hace.

-- No puedo impedir ni modificar ninguna opinión que usted pueda haberse formado, pero el resultado hablará por sí mismo: NO me sentaré frente a esa mesa ni dictaré ninguna declaración a usted ni a nadie más. La señora Harding puede decirle lo que ella quiera que usted sepa. Es asunto de ella y sea lo que sea lo que ella le diga, no la contradiré. Tengo demasiado buen sentido en cualquier momento para no decirle a un hombre que su esposa le está mintiendo. Tampoco le entregaré ningunas cartas ni diarios ni fotografías o artículos, o cualquiera otra cosa. Tampoco le diré dónde se encuentran.

El seguía dando pasos a un lado y otro, adelante y hacia atrás por el cuarto; unas veces mirándome y otras dándome la espalda.

Ella desempeñó bien su papel, como todas las mujeres lo hacen en tales circunstancias. Se mantuvo callada, exceptuando una que otra vez en que decía el Presidente:

-- Cálmate, Warren, cálmate; no des un escándalo.

Se sentía segura, ya que comprendía que yo no la entregaría.

Con mi afirmación de que no le entregaría nada ni lo dictaría terminó la entrevista.

Quizá tontamente, dí el toque final:

-- "¡Obtenga los datos exactos!" Ese ha sido el lema de su vida. "Obtener datos exactos!" ¡Ahora ya los tiene! ¿De qué se queja?

Se volvió y salió de la habitación. Cuando llegó a la puerta se volvió sobre los tacones hacia la señora Harding y agitó casi en su cara el puño cerrado diciendo:

-- ¡Me han arruinado! ¡Me han arruinado tú y tus detestables investigadores!

La mayor sorpresa que esta entrevista me produjo fué el ademán de él, de agitar su puño cerrado en la cara de ella.

Luego se volvió a mí con estas palabras de despedida:

-- Y por lo que se refiere a usted, queda cesado y será procesado en veinticuatro horas. Nunca volverá a pisar la Casa Blanca. Y... yo obtendré esos papeles; daré orden de cateo... y usted será vigilado por el resto de su vida...

No contesté pero lo miré fijamente a los ojos. Me había señalado con el dedo, pero... ¡ah! ¡cómo agitó su puño amenazador hacia la señora Harding!

El Presidente dijo que yo nunca volvería a la Casa

Blanca. De hecho aquella fué mi última visita a ella en vida del Presidente Harding... pero no pasaron muchos meses antes de que traspasara sus umbrales nuevamente...

Y esa vez... el Presidente Harding estaba ahí... tendido y lleno de grandeza... en su elegantísimo ataúd entre murallas de flores, en el centro del salón Oriente; figura imperativa, de más noble y regia presencia aún en la muerte de lo que lo había sido en vida; y la nación estaba de duelo...

Yo me encontraba ahí a petición urgente y por escrito de la señora Harding... de pie a la cabeza del ataúd, con cuatro de mis más valientes hombres tras de mí. La señora Harding tenía sus motivos, muy buenos y suficientes, para llevarme ahí.
